

Madrid 12 rs. el trimestre.
Redaccion, calle del Espejo, número 17.
cuarto principal.
Provincias 15 rs. el trimestre.
En casa de los comisionados ó mediante
libranzas.

EL SIGLO MEDICO.

(BOLETIN DE MEDICINA Y GACETA MEDICA.)

Ventajas para los suscritores.

Pueden tomar las obras publicadas en
la Biblioteca de Medicina y Museo cien-
tífico, con la rebaja de un 10 por 100 de
sus precios.

PERIÓDICO CONSAGRADO Á LOS INTERESES MORALES, CIENTÍFICOS Y PROFESIONALES DE LAS CLASES MÉDICAS.

RESUMEN.

MADRID. ¿EXISTE LA MONOMANIA? — AGUAS MINERALES. — ENSAYO SOBRE LA MEDICINA NATURAL Y SIMPLICÍSIMA. — Algunas observaciones de las fiebres graves que reinaron en el canton de Rive-de-Gier en 1856; por nuestro colaborador el doctor Antonio Napoleon Kosciakiewicz. — PRENSA MEDICA. CLÍNICA MÉDICA. Más sobre los hipofosfitos. Fisiología. Menstruación: papel que esta desempeña en patología y en terapéutica. — ANATOMÍA. Fibras musculares; su estructura. Resultados de las investigaciones practicadas por medio de la luz polarizada. — HIDROLOGIA MEDICA. Aguas y baños minero-medicinales de Cárlos III. Exposición de varios casos prácticos, notables por su naturaleza, cronicidad y complicaciones; por el director D. Mariano José González y Crespo. — PARTE OFICIAL. Ministerio de Fomento. — SANIDAD MILITAR. Reales órdenes. — MONTE-PIO FACULTATIVO. Circular de la Junta directiva á las delegadas de distrito. Secretaría general. — VARIEDADES. Almanaque médico del mes de mayo. — Espiritu quimático. — Un llamamiento á la ofase médica. — CRÓNICA. — ESTATUTA DE LOS PARTIDOS. — VACANTES.

Madrid 2 de Mayo de 1858.

¿EXISTE LA MONOMANIA?

CUESTION RACIONAL. — ¿Puede el raciocinio legítimar la existencia de la monomanía en los casos en que se la observa? — Principio por reconocer la inmensa dificultad que hay en distinguir la línea que separa la enagenación mental de una pasión no contenida á tiempo, y admito como de necesidad absoluta para la debida justicia, el exámen y averiguaciones que con fino criterio propone el Sr. del Campo; y aun así concibo que no siempre el facultativo podrá dar un dictámen plenamente asertórico, porque el principio de accion parte del oculto punto de lo subjetivo. Sin embargo, un exámen concienzudo de lo que determina al hombre á obrar, puede ilustrarnos hasta el punto de darnos algunas veces, si no siempre, una perfecta convicción sobre la calificación de determinados actos.

Motivos. A tres especies se reducen los motivos de las acciones humanas, á saber: motivos instintivos, egoistas y morales. Si en una accion cualquiera falta uno de ellos, queda de hecho probada la enagenación mental, la locura, puesto que el requisito indispensable para ser racional un acto es el motivo: faltando este no pertenece á la razon, y entonces se dice con fundamento que hay monomanía, locura, etc.

1.º *Motivos instintivos.* — El hombre es sociable por naturaleza, hemos dicho. Tiene grabado en su interior el gran principio de sociabilidad, como elemento necesario de su condicion humana. Por este principio tiende naturalmente á respetar la vida del prójimo, y siente aversion á derramar su sangre, como no le muevan á sofocar sus sentimientos muy poderosos motivos, sean intrínsecos ó estrínsecos, ó una perversidad de corazon en cuyo caso ya hay un instinto. En aquel en quien no existe ninguna de estas condiciones, ninguna razon en que fundar pueda su inclinación, por lo comun improvisada, al asesinato de sus hijos, de sus padres, de su esposa y demás personas queridas ó indiferentes; ¿existirá el motivo instintivo? No lo creo así, puesto que en el estado normal los instintos como los demás motivos mueven á obrar en razon directa de su conservacion y sus tendencias, y el que comete aquellos atentados, obra en razon inversa: luego en ese caso ha de haber trastorno del juicio, monomanía homicida, puesto que sin razon se obra contra el motivo instintivo social. En contraposición de esto, pueden citarse los instintos sangui-narios de Neron, Caligula y de tantos otros monstruos de la humanidad, que con toda conciencia

obran libremente contra el instinto social. Pero, en mi concepto, debemos hacer una distincion. Neron y los que como él han ocupado ó ocupan una elevada posicion social, sin contar que frecuentemente son objeto de viles adulaciones, circunstancia que es digna de atenderse, toman por motivo de sus malas acciones la exageracion ó concentracion del egoismo, su soberbia, la ambicion de reinar por medio del terror y de la crueldad, un deseo infame de distinguirse, de adquirir nombre y superioridad sobre los demás hombres, unido á aviesas inclinaciones. Hay, pues, en estos, motivo egoista y motivo instintivo de mal género. Mas aquellos que de modo alguno pueden alegar un motivo utilitario, siquiera fantástico; que matan solo por el placer de derramar sangre; que roban por robar, etc., son asimismo susceptibles de una distincion. Si el que se entrega á esos excesos, es hombre de malos antecedentes, de viciosa educacion, que ha manifestado sentimientos ruines y depravados y malas tendencias, debería, á mi juicio, ser calificado de perverso en todos sentidos, y como tal, digno del castigo á que se hubiese hecho acreedor, sin que le sirviesen de disculpa sus malas inclinaciones; porque si hubiera querido, si se hubiese propuesto firmemente vencerlas, lo hubiera conseguido. Cometió sus crímenes con plena libertad y conciencia obedeciendo por voluntad un motivo instintivo de mala especie, al de hacer mal, que por fiero y fuerte que fuese, lo hubiera sofocado si se lo hubiera propuesto. Mas si el perpetrador fuese hombre de buenos sentimientos, de probidad, de honor, que hubiese disfrutado de larga y no interrumpida buena reputacion, que hubiese recibido una buena educacion moral y religiosa, en fin, que por todos sus actos y maneras fuese tenido por hombre de bien; consideraría su terrible cambio de sentimientos, esa circunstancia de causarle placer lo que debiera naturalmente causarle dolor, no precediendo motivo alguno, como una fuerte prueba de trastorno de su razon. ¿Cómo es posible que un hombre de bien, buen ciudadano, buen hijo, fiel esposo, excelente padre, filántropo, en quien no se han observado sino buenas obras, respeto y sumision á las leyes, observancia sin fanatismo de los preceptos de la religion; cómo es posible que solo por placer derrame la sangre de sus hijos, de su esposa, de sus semejantes, en una palabra; sin tener horrorosamente alterado su juicio? El placer y el dolor tienen tambien sus leyes impuestas por la misma naturaleza; y cuando se trastornan por hombres de probidad, ó ha de ser á impulsos de un fuerte motivo, ó por una perversion de la razon. Aun cuando esos hombres no hayan llegado á la consumacion del acto, la sola idea, la inclinación á cometerlo, nacida solamente de sí misma, es, en mi concepto, ya un delirio. — No menciono los demás instintos del hombre, porque creo que en los actos que á ellos corresponden, los encontraríamos siempre acompañados de la facultad de reprimirlos queriendo. Solamente en el de conservacion hay á veces una apremiante necesidad, que dá cierto derecho previsto por las leyes.

2.º *Motivos egoistas.* Enemigos del principio utilitario en el órden moral, reconocemos que en muchas operaciones de estos órdenes, naturalmente el hombre es movido por interés personal, porque amante por naturaleza de buscar el placer y huir del dolor, de inclinarse á lo beneficioso y apartarse de lo perjudicial, obra en sentido recto á la satisfaccion de sus deseos, sean animales, intelectuales ó sociales. Pero ya se vé

que todo esto no es ni puede ser absoluto sin trastornar toda la moralidad de los actos humanos; sino que debe reconocerse por verdad inconcusa que los actos más sublimes, los que más ennoblecen nuestra alma, son aquellos cuyo móvil ningun roce tiene con nuestra utilidad, sino que procede de más elevado origen. La utilidad aquí es consecuencia, no móvil, y consecuencia no buscada, sino naturalmente venida. — Hecha esta salvedad, podemos repetir que el motivo egoista, despues del instintivo, influye mucho en nuestros actos. Ahora bien: ¿Qué utilidad personal puede reportar el que por sola obediencia á una inclinación, sin otro antecedente, mata á otro hombre? Ninguna. Volvemos á lo que hemos dicho en el párrafo anterior. El matar por solo el placer de matar, como no sea en un corazon de malos instintos, no puede entrar como motivo egoista. Este trae siempre consigo una utilidad ó un placer personal, que repugna admitirlo al que no sea un malvado para cometer con conciencia malas acciones, cuando de ningun modo puede justificar á sí mismo su utilidad. Luego el hombre de bien, cuando comete actos criminales sin preceder aquella condicion, no está en cabal juicio. Si se quiere objetar la dificultad que hay en probar la falta del motivo, así instintivo como egoista, en el perpetrador de las circunstancias que hemos señalado; la naturaleza de los atentados y una escrupulosa indagacion podrán muy bien ilustrar al tribunal, sin perder de vista que el hacer mal por puro placer, no puede conciliarse con un corazon honrado en su estado normal.

— El motivo moral escluye todo exámen en este sentido, porque repugna á su esencia hasta un mal pensamiento. — Pero hay un elemento poderoso que induce á malas acciones á hombres que por otra parte no carecen de buenos sentimientos: ese elemento es el repugnante fanatismo. Llenas están las historias de horrendos crímenes, cometidos á la sombra y bajo el pretexto de una religion de paz y caridad, que hacen estremecer, y que arrancaron del sábio Mariana la sentida exclamacion tan sabida; crímenes que han pesado mucho en la balanza de una tenebrosa política, echados en ella por gerarquías cruelmente egoistas. Bien se comprende la grave responsabilidad que contrajeran por sí y por las ciegas masas que agitaron. Existen, sin embargo, casos aislados de atentados cometidos por una perversion del sentimiento religioso, que admiten sin duda alguna la perversion del juicio, atendiendo á que personas místicas en demasia, dando una torcida interpretacion á la religion de Jesucristo, se entregan con todo el entusiasmo de que son capaces á profundas meditaciones, lacerando su cuerpo con cilicios, ó imponiéndose rigurosos y prolongados ayunos, que exaltando su sistema nervioso é inflamando su imaginacion, producen irremisiblemente un trastorno en su juicio. Vienen en pos las alucinaciones; ven fantásticas apariciones, oyen, cual otro Calvino, mil voces que les mandan matar á sus hijos, esposas, padres, amigos, porque son impíos; y estos desgraciados creyéndose el instrumento misterioso de un Dios justiciero y vengador, matan con placer á los objetos más queridos de su corazon, porque en ello ven la salvacion de la religion y la voluntad divina. No creo necesario esforzar la verdad de este pálido retrato con las numerosas observaciones de Esquirol, Fabre, Descuret, y sobre todo de Debreyne, en su teología moral, porque fundadamente presumo á todos mis comprofesores bastante ilustrados en fisiologia patológica, para que vean con clari-

dad la indispensable produccion de una afeccion nerviosa bajo el influjo de las enunciadas causas. ¡Y cuántos inofensivos ilusos fueron en un tiempo condenados al fuego!

Desentrañando ahora las historias que traen los autores citados, que no hemos hecho mas que indicar, y las que hemos descrito como propias, en todas ellas veremos palpablemente un fondo de trastorno moral, un principio, un demonio dominante, que cual torrente impetuoso, ya con lucha, ya sin ella, arrastra la voluntad, matando la razon de los que ha escogido por victimas; una inclinacion irresistible, que coartando las nobles facultades del hombre, le enagena conduciéndole como un hado fatal al precipicio; una verdadera enfermedad mental ó nerviosa, que produciendo una especie de flogosis de fluido nérvico, pervierte las funciones cerebrales, desarrollando síntomas fatales como las otras afecciones, pero de carácter agresivo y funesto. ¿Y cómo puede ser de otra manera tratándose de hechos en cuya produccion no encuentra un detenido exámen motivo ninguno, ó una perversion que los constituye en verdaderas ilusiones? ¿Y cómo puede ser de otra manera, recayendo esos hechos en personas de irreprochable conducta y de sentimientos nobles y elevados, cuando de improviso, sin mediar causa ninguna, se convierten en furias ahogando su libertad y estrujando la moral tan arraigada en su corazon? Una transicion tan brusca, sin motivo ó sin su perversion, no cabe en el estado normal de la razon: un desequilibrio tan espontáneo y tan completo sería absurdo y contradictorio concebirlo en el goce normal de nuestras funciones intelectuales, no mediando una fuerza que juzgáramos legítima para determinarnos voluntaria y libremente á esos actos. ¿Dónde está esa fuerza, dónde ese motivo que escita la voluntad del hombre honrado á ser parricida con plena libertad y conciencia?—Si choca el que ese trastorno sea solamente parcial, ó de sola una serie de ideas, materializaremos más la cuestion, después de recurrir á todos los prácticos y aun á todos los hombres á que se concentren en sí mismos, y vean si en algunas inclinaciones predominantes, aunque no irresistibles (que cada uno tiene la suya), no han estado muchas veces muy cerca del delirio. Bajo este aspecto pudiéramos decir con Boileau, que cada hombre tiene su locura, ó apelar á nuestro refran, *cada loco con su tema*, ó el de poeta y de loco todos tenemos un poco. Pero dejando el lenguaje figurado é hiperbólico, y materializando más la cuestion en el terreno patológico, pocos prácticos habrá que hayan dejado de observar, no ya enfermedades parciales en la inmensa mayoría, sino trastornos tambien parciales de una misma funcion; asimismo trastorno parcial y concéntrico de las facultades mentales y operaciones intelectuales en enfermedades encefálicas, presentando muchas veces la particularidad de suspenderse el delirio, sea parcial ó general, por una escitacion; así como la monomanía se suspende ó estingue por medio de la distraccion sabiamente combinada, cuando la inclinacion no ha llegado al grado supremo de irresistibilidad. Nada mas comun en las fiebres tifoides, cuando no han adquirido aun todo el desarrollo de su desorden, que cortar el delirio de los enfermos llamándoles la atencion; responden perfectamente entonces, y discurren con precision sobre cualquier punto que no requiera mucho trabajo, lo que se concibe y se explica sin grande esfuerzo; y vuelven á su delirio en dejándoles de escitar. ¿Qué enfermedad hay de cualquier orden que sea, que no pervierta las funciones de uno ó más órganos en vez de anularlas, y aun que no las pervierta parcialmente según su grado y las condiciones orgánicas? Yo ofrezco sobre lo primero un notable ejemplo. Apenas tengo calentura ya me siento delirar; se me aparecen grandes montañas como si viniesen á desplomarse sobre mi cabeza; la aparto, saco los brazos y los estiendo; se convierten aquellas en fantasmas; procuro sacudirlas, me incorporo, las escupo: me llama mi esposa ú otra persona, y todo ha desaparecido, y sigo la conversacion que se me entabla con todo acierto. Se me deja, y al momento vuelven las visiones, con la particularidad de tener conciencia de que deliro, de que aquellos

fantasmas son puras ilusiones; pero hasta tal punto me fascinan, que con toda conciencia aconsejo que me aseguren en la cama, porque yo mismo temo hacer un acto agresivo. ¿A cuántas preguntas no dá lugar esta aberracion que noto en mi estado febril? Si esta fiebre me atacase de improviso, ¿qué no podría producir á pesar de mi conciencia, y de mi lucha que me hace sufrir y padecer? Yo deliro, lo conozco, y no quiero delirar y hago esfuerzos; pero deliro y siento en mí subsultos eléctricos, y salto eléctricamente. Si esa fiebre me atacase de improviso, he dicho: pues ya lo efectué. Nunca lo olvidaré. Era en el año de 1856: estaba cursando en Valencia. Supe que mi padre habia sido cruelmente maltratado por los carlistas: tuve el profundo disgusto que se debe suponer. Ya habia tenido noticias favorables del estado de mi padre, y ya yo respiraba. Me encontraba muy sereno un día en casa de una joven con otras amigas tocando en la guitarra un aria, y de repente sin ser dueño de mí, sin saber cómo ni por qué, arrojé el instrumento, me levanto, y principio á tirar por el suelo las sillas con rabia feroz. Huyen todas las señoras, mandan por un médico y por dos hombres; me echan sobre una cama, me atan y me sangran. El médico, Dios se lo perdone, declara que soy loco rematado, y que se me debe conducir al departamento de dementes, á lo que se opone la señora de la casa: más inteligente uno de los hombres que me asistian, dice á la señora que habiendo él servido en el hospital mucho tiempo, conoce que mi enfermedad no es más que un delirio pasajero. Con efecto, á los dos días estaba en mi cabal juicio, acordándome entonces como ahora de todo cuanto hice y me sucedió.—Pero se objetará tal vez que en todo lo referido sobre mi persona hay un fenómeno visible, la calentura, la congestion cerebral, el arrebató de sangre, etc., lo cual establece una gran diferencia de los que se llaman monomaniacos con inclinacion más ó menos irresistible, en los cuales no hay de visible y apreciable más que su misma monomanía, que así puede ser simulada como real. ¿Y si en mí faltara la calentura, sería por eso menos real mi exaltacion? ¿Acaso solo la calentura la puede producir? Recuerdo que en cierta ocasion una leve indigestion me produjo un fuerte delirio sin nada de calentura. ¿Y no hay delirios puramente nerviosos? ¿Y no los hay asimismo nerviosos que son intermitentes? ¿Y no hay histerismos que remedan la más perfecta y rematada locura? Y atacan á veces sin pródromo alguno.—Con respecto á la inclinacion más ó menos irresistible, yo me la siento; pugno y llevo á desconfiar de mi poder. Los desgraciados hidrófobos se dice que sienten muchas veces venir el insulto lísico, y advierten á los que los rodean que se aparten para no morderlos. ¿Y qué hay aquí? ¿Y qué hay en ese buen hijo, devoto en exceso, que después de muchas escentricidades místicas jura matar al que apague una de las velas que ha encendido ante una imagen de la Virgen, y dá de puñaladas á su madre por haberlas apagado para evitar un incendio? (Debreyne, *Teología moral*.) ¿Y qué en esa infeliz madre que mata á su hijo para que la condenen después á muerte? (*Gaceta de los Tribunales*.) ¿Y qué en esa esposa que asesina á su marido para comérselo, y lo sala para que le dure más tiempo, y después se declara ella misma? (Debreyne, obra cit.) ¿Qué en esa pobre madre que mata á su hijo y se lo come? (Foderé, *Ensayo médico legal*.) ¿Qué en esa otra madre, que durmiendo su hijo á quien ama tiernamente, se le acerca de puntillas para no despertarle, le pasa una corbata por el cuello y le ahoga, de manera que al despertar el niño y exclamar arrodillado: «mamá por...» no pudo concluir la palabra? (*Anales de higiene y medicina legal*.) ¿Qué en ese padre idólatra de sus hijos, que después de haber asistido á una representacion dramática en que figuraba la degollacion de un niño, se le apoderó tal tentacion de degollar á los suyos, que en vano luchó por seis meses, hasta que por sus reiteradas súplicas le encerraron por cierto tiempo? (Henri Joffré.) ¿Qué en el desgraciado Barturen? ¿Qué en aquel siempre sensato joven, que después de haber rezado por la noche con sus padres, se levanta pausadamente, coje una segur, pone su

mano izquierda sobre un poyo de madera, corta de un golpe sus cuatro dedos, y vuelve á sentarse con la mayor serenidad? (*Journal de Mr. Championniere*.) Si en vez de herirse á sí mismo hubiese dirigido el golpe á sus padres, ¿quién hubiera creído en una demencia? se pregunta el autor. Sus buenos antecedentes, lo repentino é inmotivado del ataque y su serenidad, hubieran sido, me parece que se responde, pruebas de su existencia. ¿Qué hay, siguiendo en nuestras preguntas, en todos los casos que traen los autores citados y otros? ¿Qué en la primera observacion citada por nosotros? Si aquella mujer se hubiese suicidado ó muerto á otro ¿quién más que otra persona y yo que sabíamos su estado, hubiera atribuido su desman á su verdadera causa? Felizmente su inclinacion no llegó á la irresistibilidad. ¿Y qué en nuestra observacion 2.ª? ¿Habrá nada de extraño que un día en medio de sus errados juicios y de sus alucinaciones, matase á alguno que le pareciese dirigirle una mirada torva? ¿Y en la observacion 3.ª, no se vé bien palpablemente tambien, una inclinacion tendiendo al predominio, que mientras obraba hacia vacilar la razon desviándola, que es lo que constituye el delirio más ó menos graduado? Y si en una de sus tentativas hubiese mi amigo tenido el descuido de tirar el gatillo, ¿cómo se hubiera calificado su acto? (1)—Bien, se dirá tal vez: aquí, en todos esos casos se quiere significar que hay delirio, que hay inclinacion más ó menos resistible, que hay mera espontaneidad según las circunstancias y el modo de insinuarse aquella. Mas, ¿cómo se prueba? No probándose será una petición de principio.—¿Quiérense más pruebas que los mismos hechos y el raciocinio? ¿Cómo probaremos el dolor que sufre un enfermo en una inflamacion que está á nuestra vista, que la palpamos? ¿Cómo probaremos que los gemidos de un animal los arranquen los pinchazos que le damos? ¿Cómo probar que la sensacion de calor que experimentamos al acercarnos al fuego ó ponernos al sol, sea producida por el calórico del sol ó del fuego? ¿Cómo probar nuestras simpatías y antipatías, en cuya produccion no somos libres? *Quod nimis probat, nihil probat*. Ahí está el argumento *ad absurdum*.

El estado natural del hombre, por otra parte, cualquiera que sea la opinion que tengamos formada de la frenología, nos ofrece constantemente una prueba de accion parcial sobre lo restante del conjunto. Ninguno hay que no se sienta con mas disposicion y talento para tal ramo que para tal otro; que no discorra mucho mejor en aquel que no en este, y que no conciba que si se dedicase con vocacion á su estudio haría estensos progresos. Si pues este hecho constante de parcialismo nos lo proporciona el estado fisiológico, ¿qué esfuerzo se necesita para concebir el mismo fenómeno en estado patológico, aun *a priori*? Además, el amor al prójimo, el amor maternal, el amor filial, la dulce amistad, por cuyos afectos tantos heroicos sacrificios hace una persona sensible, ¿no se oponen directamente al pensamiento de tales escesos? ¿Dejará de hacer sospechar, si no probar, su consumacion un trastorno cerebral, ó un corazon depravado?

No es nuestro ánimo, sin embargo, abogar por los perpetradores de horrendos crímenes á sangre fria, pretendiendo que por su enormidad hayan de ser producto de una inclinacion irresistible, y que los tribunales permanezcan en la inaccion, nó. Hemos nombrado varias veces «corazon perverso», y esto basta para comprender que no pretendemos abolir las investigaciones judiciales-científicas, y el castigo cuando haya lugar. Al contrario, estamos por las esquisitas indagaciones, porque no se nos oculta la existencia de inclinaciones feroces, que son motivos instintivos perversos en corazones dispuestos á toda clase de crímenes solo por el placer de cometerlos, y que los cometen con toda libertad y conciencia. Queremos las investigaciones en todos sentidos, *mas sin prevencion* ni positiva ni negativa, para que pueda distinguirse la inclinacion irresistible, una pasion fulminante y fatal, de una pasion no contenida á

(1) Profeso la opinion que, salvas pocas escepciones, los suicidios son producto de enagencion mental.

tiempo, que ha sido contemplada y acariciada en su nacimiento y desarrollo; y debemos desearlo tanto más, cuanto que convencidos de la realidad de la monomanía, quisiéramos verla despejada y libre de las graves dificultades que frecuentemente la envuelven, y que no se confundiese con la maldad y la impostura.

No hemos mencionado los fines en nuestras reflexiones, porque los fines y los motivos son correlativos en su producción y manifestación. Tampoco hemos hecho mérito del delirio que es de la esencia de toda monomanía, porque ya lo probamos anteriormente.

Gerona y diciembre de 1857.

FRANCISCO CASTELLVÍ Y PALLARÉS.

AGUAS MINERALES.

En el número precedente de EL SIGLO MÉDICO he leído un artículo suscrito por el Sr. Salgado, en el que se propone principalmente manifestar la identidad de opiniones que lo unen con el Sr. Vilanova en la cuestión que por la importancia que va adquiriendo, pudiera llamarse ya de las *aguas minerales*, y en el cual, aunque como de paso, se hace cargo también de algunas de las ideas por mí emitidas sobre el mismo asunto en otro número anterior. El Sr. Salgado, sin embargo, no hiere, ni aun casi toca el fondo de mi pensamiento, lo que nada tiene de extraño, si se considera que no ha sido su ánimo, según él mismo dice, rebatirlo, y si solo ponerse al unísono en esta materia con el Sr. Vilanova: solo así puede explicarse que hayan mis opiniones escapado ilesas de la inundación de ideas, en apariencia contrarias, brotadas de la abundosa pluma del Sr. Salgado, y que hayan sido rozadas simplemente en su superficie, y aun eso, como choque inevitable de ideas que se agitan próximas en estrecho recinto.

Cuando no hay ataque, es de todo punto innecesaria la defensa, y bajo este aspecto estaría enteramente dispensado de contestar; sin embargo, conviene hacer ver que mi primer artículo conserva inalterable todo su vigor, á fin de que el aparente colorido de contrariedad que lo distingue del escrito por el Sr. Salgado, no altere ni desfigure los términos del problema, y no produzca extravío en la opinión pública.

Nadie ha puesto en duda que los agentes de la naturaleza obran sobre las aguas minerales, que en todo caso siempre son síntesis de las condiciones que las rodean, y que influyen no menos directamente sobre el organismo animal, que cambia asimismo al compás de todas las circunstancias ambientales. Cítese un solo pensamiento de mi anterior escrito, de donde se desprenda legítimamente la sospecha siquiera de semejante duda. Así ¡cuánto trabajo perdido en la demostración de una verdad que nadie ha negado, que ha conocido siempre el hombre y con tanto mayor energía, cuanto más antiguo, y que no necesita por tanto de demostración! ¡Cuánto golpe en vago para aniquilar un fantasma que nació solo en la imaginación del que se entretiene en combatirlo! La cuestión que actualmente se agita en EL SIGLO no es tan sencilla; corresponde á períodos mucho más avanzados de la civilización; su categoría es de orden mucho más elevado, reduciéndose á saber, si el conocimiento más científico de los modificadores naturales, así físicos como químicos y geológicos, permite ó nó ver *á priori* las expresiones vitales consecutivas, higiénicas, fisiológicas ó patológicas; si tales conocimientos son ó nó por lo tanto indispensables al médico para penetrar desde lejos, por decirlo así, y anticipadamente las leyes de la vida; si se puede ó nó pasar por un camino *puramente racional* desde la física, la química y la geología al campo de la medicina; en una palabra, si al lado de la solidaridad que entre todos los fenómenos establece su recíproca y natural influencia, no es necesario saber distinguir también la más perfecta independencia entre las diversas ramas del saber humano.

Solo oponiendo frente á frente y con noble franqueza sólidas razones á la afirmativa por mí explícitamente establecida, se hubiera comunicado un carácter serio de legítima contrariedad al escrito en que, sin ser aludido ni atacado, según se dice, se citan no obstante mis opiniones, como opuestas á las del Sr. Vilanova. Pero en punto tan importantísimo, el Sr. Salgado se contenta con puras afirmaciones, que apenas intenta probar con algunos ejemplos, y tan llano le parece el terreno, que admira verdaderamente verlo pasar por cima de la dificultad, sin tropezar casi con ella. ¡De tal modo turban la vista las predilecciones científicas! Veamos, si nó, la prueba soberana, y ensayémosla en la piedra de toque de la más sencilla crítica.

Descúbrese el azoe por la vez primera en las aguas de las Caldas, y se asegura sencillamente *ver á priori* la conveniencia de tales aguas para las enfermedades de pecho; hácese invitaciones, acuden los enfermos y se confirman plenamente los vaticinios. De la misma manera encuentra el análisis químico en las aguas de Carratraca algunas sales arsenicales, y la *razon* terapéutica acepta ya lo mismo que *antes* hacía incomprensible la pura *observación*.

¿No es evidente aquí, se dirá, la trascendentalidad de las ciencias naturales relativamente á la medicina? ¿No pueden ver hasta los ciegos que un feliz *á priori* emana de la química, hace adivinar, de un modo casi mágico, las virtudes medicinales de los agentes de la naturaleza? ¡Cándida ilusión! El que razona preocupado por una idea exclusiva, no está en disposición de advertir, que lo que en casos semejantes se considera como procedi-

miento *puramente racional*, es solo la aplicación de la *experiencia médica anteriormente adquirida*, acumulada durante la serie de los siglos y las más de las veces debida á tímidos tanteos y no pocas á felices casualidades, y que el pretendido *á priori* es un *á posteriori* evidéntísimo, ó hay que invertir la natural significación de las ideas y voltear de arriba abajo el vocabulario filosófico.

Si, lo que no es posible, se rechaza este modo *experimental* de explicar tales hechos, señálese las *propiedades químicas* de que directamente y sin necesidad de *experiencia médica*, se deducen las *propiedades terapéuticas* del azoe. ¿Se encontrará tal vez la luz en la propiedad que tiene de combinarse con el hidrógeno, dando así origen al amoniaco, ó acaso en esa otra propiedad de producir nitratos y nítritos, combinado con diferentes óxidos? Esta curiosidad es muy legítima y me llena de impaciencia.

Si en algún cerebro humano se anida la pasmosa idea que hace posible pasar por un *verdadero á priori*, desde la química, la física, la geología ó cualquiera otra ciencia natural, ó desde todas ellas juntas ó combinadas al capricho, á la ciencia de la vida ó *vice versa*; esa idea la reclama viva é imperiosamente la sociedad, porque su poder alcanza no solo á inmortalizar un nombre, sino á dar profunda significación á un siglo: la menos importante consecuencia de semejante prodigio sería la constitución rápida y definitiva de todas las ciencias, que no se haría esperar largos años. Pero si esto no pasa de ser una bellísima ilusión, como por desgracia lo hacen presumir fuertemente las lecciones de una crítica bien entendida, entonces necesario es resignarse á verse *á fortiori* superditado por la experiencia; aceptar forzosamente soluciones de continuidad, y reconocer como principio inconcuso la perfecta independencia de los conocimientos humanos.

Esta conclusión inesperada, y tan fatal como una voz del destino, desenvolverá por de pronto el temor en el Sr. Salgado, que verá acercarse á pasos agigantados el terrible vampiro del empirismo que amenaza al parecer devorarlo. Sin embargo, le suplico que deseche todo terror,—la sangre continuará circulando intacta por sus venas,—para lo cual debe bastarle reflexionar que ese temor es enteramente infundado, y que de modo ninguno corre el riesgo «de descender á la categoría de los seres inferiores....» (cita del Sr. Salgado, tomada de Liebig).

El Sr. Salgado, cuyo nombre me es de todo punto imposible no citar en este sitio, tiene, en efecto, olvidado de puro sabido, que el conocimiento humano se resuelve *siempre* por el análisis en elementos particulares que provienen del lado de la *experiencia*, y en elementos formales ó generales que son *á priori* en el espíritu; que tan imposible es un conocimiento sin *experiencia*, como sin las condiciones *á priori* del entendimiento; que no se incurre en el empirismo, ni en sus achaques propios, por obedecer á la imperiosa ley de la necesidad que nos remite forzosamente á la experiencia, como condición *sine qua non* para la adquisición de las ciencias naturales; que pasaron, para no volver mas, los tiempos en que se fabricaban las ciencias de un modo puramente racional, fundándolas sobre oleadas de silogismos; que la crítica moderna tiene bien conocidos los gravísimos defectos de esa máquina engañosa y páfida, que pretende deducir las ciencias unas de otras, y que fué á la vez el asombro y el encanto de la edad media; que las ciencias todas se apoyan *necesariamente* en datos suministrados por la observación ó la experiencia, ó es de todo punto indispensable renunciar al saber; que toda filosofía que no reconozca estos principios, es simplemente una vana construcción de frases sin sentido posible, y cuyos frutos se distinguen por su esterilidad. Pero, ¿á qué continuar, cuando abrigo la persuasión de que por la inteligencia del Sr. Salgado cruzan y circulan en este momento mil ideas, que le habrán, según creo, tranquilizado por completo en sus temores de ser víctima del empirismo? No espere de mí que partiendo de ligero lance sobre él calificaciones que no lleven al pie estampada la prueba: no es la propensión á inculpar á nadie inmotivadamente la base de mi carácter; al contrario, si aun le quedan algunos escrúpulos de haber incurrido en el empirismo y necesita todavía de más consuelos, estoy muy dispuesto á prodigárselos abundantes y convenientes.

Paréceme que distinguo una levisísima mancha en el artículo cuya integridad me he propuesto hacer ver, y que por lo mismo será conveniente disipar. Verdad es, se dirá, que la química y la geología y las ciencias todas actuales y futuras, son incapaces, por adelantadas que vayan en su construcción, de comunicar á la medicina el más leve impulso progresivo; pero un médico que sea al mismo tiempo químico, puede analizar el agua de una fuente ignorada, y si en ella descubre elementos que la experiencia médica haya sancionado ya, como útiles al hombre, puede prestar á la humanidad servicios que en vano se esperarían del médico solo ó del químico. Nada mas exacto; pero esto de modo ninguno se opone á la incommunicabilidad originaria de las ciencias.

Lo que en ese caso sucede simplemente, es que el médico químico es útil á la sociedad de dos maneras diversas, una como médico y la otra como químico, sin que los conocimientos químicos aumenten en un átomo el valor del médico, ni los conocimientos médicos extiendan un milímetro el valor del químico. Y para convencerse de ello hasta la última evidencia, basta pensar que el médico químico puede ofrecer todavía otras muchas y nuevas ventajas, como por ejemplo, desempeñar varias funciones industriales, defender la honra y los intereses de las familias, si á sus conocimientos anteriores agrega los de los procedimientos técnicos de algunos oficios y la ciencia del derecho. ¿Podrán por esta circunstancia decir los felices clientes de ese director de aguas minerales, que como director de la salud vale mas, ni quizá tanto, que otro director de aguas limitado á sus funciones propias, es decir, á las puramente médicas? De ninguna manera. Pues otro tanto pasa exactamente con las qui-

méricas perfecciones que se pretende dar al médico por medio de la química y la geología: semejantes conocimientos no aumentan en un solo quilate el valor del verdadero director de aguas minerales. Y el que así no piense, apoyándose exclusivamente en la *utilidad* y no en la *razon*, carece de todo derecho para detenerse antes de llegar al último peldaño de las funciones que me abochornaría siquiera de bosquejar, y que recaerían ignominiosamente sobre la frente del médico, lanzadas por la irresistible fuerza de la lógica. Consecuencias tan absurdas solo se evitan, renunciando por *completo* al criterio de la utilidad y ateniéndose solo á la *razon*, que así reconoce la independencia entre la medicina y la ebanistería, como entre la medicina y la química y la geología.

Una sola consideración pudiera legitimar la necesidad, no metafísica (hasta hoy nadie ha probado que esa necesidad no sea del todo ilusoria) sino social, de que el médico acumulase también los conocimientos de las ciencias naturales, y sería el peligro de muerte de esas ciencias, si los médicos no acudiesen á salvarlas. Pero semejante peligro no existe: naturalistas de todos géneros y especies abundan por do quiera fuera del gremio de la medicina, y obreros laboriosos, como son, de la ciencia, preparan en todas partes materia médica, que ofrecen abundante á los estudios del clínico, sin que el médico tenga necesidad de buscarla.

Segun es fácil ver, no he combatido al Sr. Salgado: me he conservado á la defensiva, limitándome estrictamente á probar que mi primer artículo no ha sufrido al presente ninguna avería, y que todavía me es lícito escribir en letras victoriosas: *el médico, para serlo, solo necesita de la medicina. ¡Ne sutor supra crepidam!* dice el sentido común en su sencilla cuanto certera filosofía, derramada en adagios y proverbios por todos los idiomas conocidos, concordando así admirablemente con las mejores conclusiones de la crítica.

He llegado al punto más delicado de este escrito, y en el que entro con sumo disgusto y lleno de embarazo. Allí, entre celajes gramaticales, se oculta una pregunta.... Está entendida. El que toma parte en una cuestión, sin conocerla á fondo, bien merecida tiene la derrota: allá veremos sobre qué campo caen los buitres.

«Los que piensen de otro modo que yo, dice el señor Salgado, consulten con médicos como el Sr. Vilanova acerca de los extremos que he tocado, y si no hallan uno solo de su opinión, etc.» Yo no pienso como el Sr. Salgado, y me encuentro por consiguiente comprendido en el precepto. Infinito agradezco al Sr. Salgado su oficiosa recomendación, que mirada por el lado científico, es además hasta risible. Dobleque en buen hora el Sr. Salgado en el terreno del saber su flexible inteligencia al peso de la autoridad; si tan maleable es, haga, si le place, teología de la medicina y consulte á sus Santos Padres. A mí, en la esfera de las ciencias, me asfixia la autoridad: mi única atmósfera es la evidencia; mi exclusivo criterio la *razon*.

JOAQUÍN QUINTANA.

ENSAYO

sobre la medicina natural y simplicísima.

La sucesión de los sistemas médicos ha oscurecido de tal modo la verdad de la ciencia, que no es poca fortuna vislumbrarla, pues las más veces se pierde en su farrago inmenso y en el lugar más importante, cual es la cabecera del enfermo.

La elocuente enseñanza que se deriva del atento, imparcial y frío examen de los triunfos obtenidos con la expectación absoluta de las enfermedades, relativamente á terapéutica y materia-médica, durante la dominación del sistema homeopático, nos indica, al menos, que no es necesario ni conveniente tanta energía como se suele desplegar, para combatirlas, en el mayor número de casos.

Aclarar aquella verdad, sacando partido de esta enseñanza, son los objetos que me han movido á escribir los siguientes párrafos, más bien como una minuta privada que con designio de publicarlos todavía; á lo cual, no obstante, me determino ahora con la grata esperanza de verlos corregidos por algún compañero más apto que yo, pues deseo no perder el tiempo en cometer errores que perjudiquen á la ciencia.

Abril de 1858.

J. GARÓFALO.

I.

Todas las cosas creadas por la voluntad de Dios están sujetas á leyes que aseguran su existencia y sus modos diferentes de existir. Estas leyes no nos son completamente conocidas, ni en su número, ni en las diferencias de sus manifestaciones: sin embargo, la continua observación y la experiencia dirigida é ilustrada por el raciocinio, que es la palanca de la ciencia, ha levantado una punta del velo que cubre al gran misterio.

II.

Dios, al sacar de la nada el Universo, es indudable que quiso conservarle; por eso todas las leyes á que sujetó el conjunto y cada una de las piezas de la gran máquina, son de existencia y de conservación.

III.

Bajo este punto de vista, las leyes del Universo orgánico y las del inorgánico tienen el mismo objeto (la existencia), siendo verosimilmente las mismas; así que, considerando el asunto desde esta altura, la existencia es vida.

IV.

La diferencia entre cuerpos que viven y cuerpos que no viven, no se deriva de la naturaleza misma de los cuerpos, sino de nuestra inteligencia. Un pedazo de tronco, de hueso ó de músculo es tan organizado como un cristal de cuarzo ó una estaláctica de cal. La observación exterior y circunscrita de la superficie de un animal vivo no nos daría la idea de la vida animal; pero si la observación completa del animal entero y vivo. La observación parcial de una piedra ó de un monte, no nos daría seguramente la idea de la vitalidad de la tierra, pero si el verla totalmente cubierta de una vida, producto acaso de la que á ella le sobra, girando rápidamente alrededor de su eje y trasladándose alrededor del sol. El parásito que habita sobre la cabeza del hombre; el arador que surca su piel; el ascárides que anida en sus intestinos, aunque tuvieran inteligencia, apenas podrían concebir que vivían sobre un sér organizado y viviente. El hombre, arador de la tierra, apenas puede concebir que habita sobre un sér que vive.

V.

Sin embargo, hay muchos modos de vida. Es locura concebir que el cristal de azúcar vive como la hoja del árbol; que el hombre vive como la tierra: cada uno vive á su modo, y el empeñarse en demostrar la semejanza, es concebir una idea grande, para achicarla y empobrecerla en la demostración. La vida, una en el fondo, es vária en las formas.

VI.

Comprendemos en el reino orgánico lo esmerado de las leyes de la vida, porque podemos observar los objetos más sintéticamente; esto es, más en totalidad: empero, ¿quién sabe la exquisita delicadeza que reinará en el sistema de los mundos? De estos no tenemos más que ideas generalísimas, acaso no más que una, la *gravitación universal*. De aquellos tenemos infinitas, pero particulares, que no acertamos á generalizar, porque los tenemos muy cerca y la síntesis nos es más difícil. ¿Cuándo encontraremos la *gravitación universal* de la vida orgánica?

VII.

Por todos los ámbitos de la creación ha discurrido y enseñoreado la inteligencia humana, águila altanera que remonta á Dios su vuelo audaz: muchas veces aturdida en la inmensidad de su idea, ha caído á la tierra fatigada y pesada, ora entre los silbidos que por su locura mereció, ora entre las escasas palmas que arrancó del trono del Omnipotente: los primeros la sirvieron de escarmiento y juró ocuparse solo de aquellas cosas que pudiesen influir en la felicidad y bienestar del hombre: con las segundas formó ciencias; la *física general*, la *astronomía*, destinadas aun, en su mayor parte, á ser el inmenso campo donde se ejercitan los géneos más atrevidos.

VIII.

Al ocuparse de la felicidad del hombre, lo primero que se ofrece á la consideración del filósofo es su salud y su vida. Para comprender los misterios de ambos fenómenos estendiéndose en su mirada escrutadora, la cual hizo germinar en el vasto campo de la observación multitud de ciencias, que fueron sucesivamente formando el séquito opulento de la joven y tierna medicina, más agobiada que enriquecida bajo el peso del oro de sus atavíos: acaso por eso crece tan lentamente.

IX.

Los progresos de la civilización y ciertas ideas sociales, manumitiendo al hombre cada vez más de la esclavitud del trabajo material, han abierto las puertas al relajamiento de costumbres y multitud de vicios antes menos conocidos, los que indudablemente han empobrecido la naturaleza humana, achicando la raza, enflaqueciéndola y poniéndola en el caso de ser infinitamente más vulnerable por las causas morbosas. En los tiempos primeros de la humanidad eran menos frecuentes y más sencillas las enfermedades de los individuos, al paso que las epidemias más repetidas y devastadoras. La civilización vá desterrando las enfermedades colectivas, pero ha aumentado prodigiosamente el número de las individuales. Parece que la muerte se ha hecho más íntima en el hombre; menos ruidosa.

X.

Por eso muy desde el principio y cada vez más ha podido comprender el hombre, que las leyes que presiden á su vida sufren de vez en cuando alteraciones, más ó menos notables y peligrosas; alteraciones que muy luego vió también manifestarse en los animales que le rodeaban y en las plantas que él mismo cultivaba para su sustento. No era, pues, eterna la existencia de los seres vivientes. Además, solía anticiparse el término natural de la vida y era preciso evitarlo. Así nació la medicina.

XI.

En aquellos tiempos primeros cada enfermo sería el médico de sí mismo, fiando su salud á sus instintos y á los esfuerzos saludables de aquellas naturalezas vírgenes y poderosas. Después los dioses se encargaron de la salud de los hombres por medio de los sacerdotes, y estos por la higiene, por la dieta, por las aguas de los montes consagrados al culto, por las ofrendas y sacrificios, y por todos los medios, en fin, que aconsejaría hoy una especulación escéptica, conciliada con las naturales exigencias del enfermo.

XII.

Después, la casualidad descubrió medios para abreviar los males, calmar los dolores y evitar la muerte; la analogía multiplicó los ensayos y acreditó los medios. Sencilla era la arte médica. *Tal enfermo tenía tales síntomas; hizo tal cosa y se curó en tantos días.*

XIII.

Más tarde, los conocimientos que se adquirían en ciencias naturales y los sistemas filosóficos quisieron ilustrar

el fundamento sencillo del arte.... ¡Desgraciada idea! La teoría *a priori* se antepuso á los hechos, el raciocinio á la observación; se habló antes de ejecutar, y así la mayor parte de los hechos ya no se veían claros, sino al través de las teorías que las mas veces inventó la fantasía intelectual. La medicina vistió prematuramente el majestuoso traje de la ciencia, perdiendo su carácter artístico, el que acaso debiera conservar aun.

XIV.

Cada vez más teorías; cada vez más diferentes, contrarias, contradictorias, en oposición á los hechos mismos; ¡qué atrevimiento! absurdas, locas, risibles. Mas, al través de la medicina-ciencia, ha seguido conquistando la medicina-arte inmarcesibles coronas de hechos positivos, protegida por el manto piadoso de la sábia naturaleza.

XV.

La historia de la medicina es testigo de esta verdad que los años no han desvirtuado todavía. Todos los procedimientos prácticos á la cabecera del enfermo pueden autorizarse con un nombre respetable. Se trata de un estado inflamatorio (es el caso mas frecuente). ¿Queréis tratarlo por el hierro? Sydenham os autoriza. ¿Queréis administrar los antiespasmódicos? Hoffmann os lo aconseja. ¿Os placen mejor los sudoríficos? En Van-Helmout encontrareis un apoyo. ¿Queréis más los fundentes, alcalinos, jabonosos, etc.? Boerhaave os defenderá. ¿Intentais los tónicos, la quina, los amargos? Ahí teneis á Roberto Whitt para tranquilizaros. ¿Usasteis los baños frios, los tibios, los diluentes, etc.? Pomme os servirá de regla. ¿Habeis administrado los astringentes moderados y los aloéticos? Citad á Stahl. En fin, si confundidos por las ideas y empeñados en curar á un enfermo á fuerza de remedios terapéuticos los habeis usado todos sucesiva y simultáneamente, sin orden, método ni paciencia para esperar el resultado de ninguno y sois argüidos por algun profesor prudente, no os intimideis, que Barthez os sacará del apuro con su método perturbador (1).

XVI.

Un santo temor se apodera del médico prudente á la cabecera del enfermo, si tiene en la mano la historia del arte y ha recorrido sus páginas numerosas: temor santo, que arrancó y arrancará cien veces más víctimas de las garras de la muerte, que el arrojo y audacia, no siempre afortunados, de los médicos demasiado creyentes.

XVII.

Mas al través de esta confusión científica, la medicina-arte sabe por la observación y la experiencia desapasionada, que la dieta, el reposo y una sábia expectación de las crisis espontáneas, convenientemente dirigidas, son los medios mas á propósito para conseguir curaciones más prontas muchas veces, y siempre más seguras y completas.

XVIII.

Las ciencias luminosas que forman el sol de la medicina moderna, no derraman aun tanta luz como se cree sobre el lecho del dolor: el tiempo irá inclinando sus rayos y entonces la medicina será una ciencia perfecta. Mientras tanto las teorías médicas no pueden servir de regla al práctico concienzudo, y este deberá buscar la salud de su enfermo en las máximas sencillas de los primeros médicos, que todavía no han podido oscurecer las tinieblas del tiempo; en la fé de las fuerzas conservatrices de la naturaleza, y en ese instinto particular del verdadero médico, que le hace comprender la verdad entre la niebla de falsas apariencias, para obrar siempre por medios sencillos y de acción muy conocida.

XIX.

El práctico que esté bien penetrado del imponente y grave papel que desempeña á la cabecera del enfermo, preferiría sin duda la inacción al arrojo de propinar remedios derivados de las teorías, porque la naturaleza suele ser más piadosa con los enfermos, que muchos medicamentos.

J. GARÓFALO.

Algunas observaciones de las fiebres graves que reinaron en el canton de Rive-de-Gier en 1856; por nuestro colaborador el doctor ANTONIO NAPOLEON KOSCIAKIEWICZ.

(Continuacion. — Véase el número 204.)

OBSERVACION VI. *Fiebre mucosa grave con accesos cada tercer dia; hemorragia intestinal; retencion de orina; anasarca; ictericia.*—Curacion en cuatro meses.

El Sr. PICHON, propietario, de 68 años de edad, constitución fuerte, temperamento sanguíneo, de excelente salud habitual, cayó enfermo en los primeros dias del mes de junio de 1856. Visitóle un médico, que diagnosticó una enteritis y en su consecuencia le sangró y le aplicó gran número de sanguijuelas al ano y al vientre. Yendo el enfermo de mal en peor, dejó de visitarle el primer médico y se encargó de la asistencia otro, que llegó á pronosticar que solo viviría cinco dias. El 28 de julio por la mañana, y cuando se consideraba al enfermo en la agonía, fui llamado para visitarle y le encontré en el estado siguiente: cara pálida, facciones contraídas, ojos empañados; no conocía á las personas que le rodeaban; tenía la voz apagada, la palabra débil, muy lenta y mal articulada; lengua seca, cubierta de una capa saburrosa, gruesa y amarillenta; dientes fuliginosos; las fauces, el paladar, las encías y todo el interior de la boca cubiertos de aftas gruesas; vomitaba todo lo que tomaba; piel caliente y

seca; el pulso á 115; vientre abultado, muy timpanizado é insensible al tacto; diarrea biliosa muy abundante; cámaras involuntarias; orinas encendidas, escasas y sedimentosas; el enfermo estaba entre dormido y despierto, y tan pronto como cerraba los ojos empezaba á delirar. Diagnosticué una fiebre mucosa grave, en lugar de la enteritis que se había supuesto existir. Respecto al pronóstico fui de la misma opinion que mis antecesores. Prescribí los caldos de ternera y calabaza por via de tisana; cuartas partes de lavativas de un cocimiento de tripas de ave y de cabeza de carnero, despojado enteramente de grasa, y arroz; tocar las aftas con un pincel empapado en miel rosada fuertemente acidulada con el ácido clorhídrico; tisana de los cuatro frutos pectorales endulzada con una mezcla de 200 gramos de jarabe de goma y 100 de jarabe de bálsamo de Tolú; aplicaciones de cataplasmas emolientes, entre dos trapos, alrededor del cuello; cataplasmas al vientre hechas con harina de centeno, flores de rosas de Provenza y manzanilla romana, cocidas todas estas cosas juntas y rociadas con vino de quina alcanforado. Y como yo veía que no se pensaba hacer nada de esto en atención á la estremada gravedad de la enfermedad, para inducir á que fuesen ejecutadas mis prescripciones dije, que si el Sr. PICHON llegaba á vivir unos ocho dias podía salvarle. En efecto, aunque con muchísima desconfianza, se puso mano á la obra. El 29, el 30 y el 31 el enfermo continuaba medio vivo y medio muerto; á pesar de todo, las aftas eran menos numerosas y tragaba con mas facilidad. Añádense al caldo de ternera, ó mas bien á la tisana, algunas gotas de zumo de limón á fin de evitar los vómitos.

Habiendo observado que cada dos dias, á las once de la mañana, había una exacerbación de todos los síntomas febriles y principalmente del delirio, con objeto de combatir los accesos prescribí cuartas partes de lavativa con un cocimiento de 12 gramos (3 dracmas) de corteza de quina amarilla con media cabeza de adormidera, que se administraban por la mañana y después de una lavativa simple con el cocimiento de malvas, tan pronto como esta fuese arrojada, y siempre una hora antes del acceso ó inmediatamente después de pasado este. Mas como se temía agravar la posición del enfermo, nada de esto se hizo hasta el 6 de agosto, costándome gran trabajo el hacer ejecutar lo que había ordenado en mi primera visita. Sin embargo, el pulso se puso mas fuerte y menos frecuente (100 pulsaciones por minuto); el vientre menos timpanizado; las aftas apenas perceptibles y muy escasas, así como los vómitos y las cámaras; lo cual me hizo concebir esperanzas de curar al enfermo, y por esto mismo insistí mucho en la administración de las cuartas partes de lavativas anti-febrífugas, y aconsejé además dos ó tres cucharadas, de las comunes, de jarabe de quina doble, una cada dos horas, tan pronto como el acceso febril hubiera disminuido de intensidad; y para tener mas seguridad acerca de la ejecución de mis prescripciones anuncié, que si no querían conformarse con mis disposiciones, dejaría al enfermo como lo había hecho el primer médico. Esto obligó á la familia á someterse, de buen ó mal grado, á mi voluntad, con tanto mas motivo cuanto que se observaba algun alivio.

Desde esta época tuvo principio un tratamiento regular, seguido con mas ó menos exactitud. Mas ¿qué sucede el 9 de agosto? Que se verifica una hemorragia intestinal que pone á todos los de la casa en confusión y desorden, y creyendo que las lavativas de quina eran la causa del flujo, se suspenden todos los remedios. A mi llegada por la mañana, segun lo que observé en los semblantes de todos los circunstantes, creí que acababa de espirar el enfermo: *ubique luctus, pavor, miserrimaeque mortis imago*, podía decirse con mucha oportunidad. Al momento receté un litro de limonada mineral sulfúrica concentrada, de la cual le mandé dar media taza cada dos horas y algunas tazas de caldo de pollo frío, en el que se echaban unas cuantas gotas de zumo de limón. Hice reemplazar las cataplasmas del vientre con los fomentos frios, con el vino de quina alcanforado, y aplicar sinapismos á las estremidades inferiores.

A pesar de la gran debilidad, el enfermo no estaba peor que en los primeros dias en que yo le visité, pues el pulso no daba mas que 95 pulsaciones por minuto.

La hemorragia no se renovó; el enfermo tuvo en los dias siguientes algunas cámaras de materiales negros como de sangre venosa carbonizada y sólida, limitándose todo á esto por el pronto. Pero las exacerbaciones febriles de tercianas, se hicieron tercianas dobles, lo que me obligó á recurrir de nuevo al jarabe de quina doble al principio y luego adicionado con el sulfato de quinina, 50 centigramos (10 granos), por 250 gramos (media libra), de jarabe, y las cuartas partes de lavativa con el mismo medicamento.

Del 12 al 24 la fiebre se combatió con mas ó menos resultado sin desaparecer nunca completamente; sin embargo, el enfermo tomaba todos los dias, durante la remisión incompleta, los anti-febrífugos indicados y los caldos de pollo, cremas de avena, sémola con caldo de carne de vaca, y además de todo esto el caldo de calabaza por via de tisana.

Este estado de alivio continuó hasta el 3 de setiembre, hallándose el enfermo bastante bien para que le considerase como entrado en convalecencia... ¡Esperanza engañosa! Ya fuese efecto de la enfermedad, ya consecuencia de la administración diaria de las lavativas de quina, experimentó una retención de orina completa, no aliviándose sino á beneficio del cateterismo que me vi obligado á practicar dos veces al dia hasta el 10. Las orinas eran espesas, purulentas y blanquecinas; timpanizose de nuevo el vientre; reapareció la diarrea biliosa; así como las aftas que tapizaron la garganta y el paladar como la vez primera. Esta recaída se atribuyó con justa razon á la inobservancia de las reglas dietéticas que se le habían aconsejado al enfermo, pues no solo las había olvidado

(1) De «El grado de certeza en medicina.» Trad. de D. P. F. Monlau.

bastante, sino que también había bebido algunos vasos de vino puro de Burdeos el día mismo en que experimentó los accidentes en cuestión.

Además de la operación quirúrgica, que practicaba todos los días, mandé que le diesen dos semicupios al día, de dos horas cada uno, con un cocimiento de malvas, yerba mora, beleño, belladona y cabezas de adormideras machacadas, en cantidad de 6 gramos (dracma y media) de cada cosa; en seguida dos cuartas partes de lavativa, una por la mañana y otra por la noche, preparadas con el cocimiento desimiente de lino, en el que se hacía disolver: nitrato de potasa, 30 centigramos (6 granos); extracto de belladona, 10 centigramos (2 granos); extracto gomoso de ópio, 5 id. (1 grano); alcanfor pulverizado, 20 id. (4 granos), suspendidos á beneficio de media yema de huevo. Tisana de simiente de lino, de diente de león, de raíz de malvavisco, de espárragos y de fresal, cocido todo junto y endulzado con el jarabe de orchata durante los cuatro ó cinco primeros días; tisana de yemas de abeto endulzada con el jarabe de Tolú; después volvióse de nuevo al uso de los caldos y cremas atemperantes y no nutritivos, como al principio del tratamiento.

Muy pronto empezó á fluir libremente la orina, gracias al uso de las sondas monstruos de MAYOR DE LAUSANA, haciéndose cada vez más clara y trasparente. La diarrea se contuvo por sí misma; el estado febril, aunque disminuyendo de intensidad, presentaba exacerbaciones diarias, principalmente por la tarde y durante la noche, en la que se observaba no solo elevación del pulso y de la temperatura de la piel, sino también después un abundante sudor que cubría todo el cuerpo del enfermo.

Para combatir esta pirexia, el 20 de setiembre prescribí seis cucharadas, de las comunes, de vino de Seguin, una cada dos horas por la mañana, y se suspendió el uso de los semicupios. Esta última medicación produjo en pocos días todo el efecto que de ella esperábamos, y el 1.º de octubre entraba nuestro pobre enfermo por segunda vez en convalecencia, prometiendo seguir puntualmente mis consejos. En esta época ya no existía fiebre ni diarrea, presentándose algo edematosas las extremidades inferiores, y á veces aun las superiores, y siendo muy albuminosas las orinas.

Pero ¡ah! no pararon aquí sus sufrimientos: el 3 de octubre, sin causa conocida, y después de un acceso de fiebre con frío, se puso amarillo como un limón y perdió el apetito. Para combatir esta complicación inoportuna, le hice tomar dos cucharadas del elixir anti-gleroso (1) (antiglaireux) de Guille, temiendo, sin embargo, la reaparición de los accesos febriles; después se le dieron por mañana y noche de seis á diez gotas del licor anolino de Hoffmann en la infusión de lechuga. La ictericia desapareció pronto, pero la orina continuaba presentando bastante cantidad de albúmina, y como el enfermo rehusaba tomar la tisana de yemas de abeto, le aconsejé la de flores de Genet, endulzada con el jarabe de Tolú, y continuar con tres cucharadas al día de vino de Seguin. El enfermo obtuvo de este tratamiento los mas felices resultados, pues no solamente se levantaba todos los días, sino que hacía el 20 de octubre pudo salir al aire libre sin el menor inconveniente para su salud, que iba mejorando de día en día, aunque muy lentamente, pues hasta fines de noviembre no pudo volver á sus ordinarias ocupaciones con el mismo ardor y exactitud que antes.

Debo añadir aquí, por otra parte, que desde el mes de setiembre se le ponían edematosas con mucha frecuencia las extremidades inferiores, presentando á veces también la cara y las dos manos este mismo síntoma morbozo; cuya complicación, ó más bien resultado de lo largo de la enfermedad, se combatió por medio de las fumigaciones con las bayas de enebro, las bebidas diuréticas y la aplicación de algodón caliente espolvoreado con el subcarbonato de amoníaco y la cal viva, á partes iguales, cubriéndolo todo con un hule; otras veces le mandaba dar fricciones en los miembros infartados con la pomada alcanforada, y sobre todo, locionarlos con el vino de quina alcanforado.

Como se vé, pues, además del tratamiento principal contra la fiebre, me veía obligado á emplear medicaciones accesorias contra las diversas complicaciones que á cada momento surgían en el curso de esta larga y penosa enfermedad, y á esta medicina de síntomas es á la que debe la vida mi buen cliente.

Reflexiones.—Habiendo durado tanto tiempo esta enfermedad, y habiendo sido tan grave, ya por su esencia, ya á causa de las diversas complicaciones más ó menos graves, merecía sin duda detalles más circunstanciados; pero debiendo insertarse en un periódico de medicina, y habiéndose escrito, no para los novicios, sino para los hombres espertos que leen este, he creído de mi deber abreviarlos todo lo posible, y no hacer mención sino de los fenómenos patológicos de más bulto, á fin de dar una idea exacta de todo lo que pasó en este enfermo.

Diversos métodos de tratamiento, y hasta enteramente opuestos, se emplearon en este caso, ya en atención á los diversos períodos y complicaciones de la enfermedad, ya porque fuimos varios los médicos que nos sucedimos los unos á los otros, como se ha visto. Por otra parte, es un mal médico aquel que se empeña en no seguir más que un sistema médico en la práctica; así se vé todos los días el desden y la falta de consideración de nuestro arte á los ojos del público, que nos juzga sin saber de lo que somos capaces. Por otro lado, nosotros sabemos perfectamente que todos los sistemas en medicina tienen algo de bueno y verdadero; solo que su aplicación en todos tiempos y lugares, no debe hacerse sin discernimiento. Desde hace veinte y tantos años que ejerzo la medicina, he visto muchas veces cambiar las constituciones médicas y exigir el empleo de otros medios terapéuticos en unas mismas enfermedades. Así pues, aquellos médicos que

permanecen todavía en la actualidad afiliados á un brounismo puro, obran tan mal como los que emplean siempre, y en todos los casos, la medicina evacuable del broussismo. Mas como todo cambia en este mundo, y es positivo que las constituciones médicas, cambiando, obligan á los prácticos á obrar de diferente manera, según el génio morbozo particular que domina sobre todo lo demás, es útil y necesario, por interés mismo de la humanidad, el estudiar todos los sistemas médicos, á fin de saber aplicarlos oportunamente. A veces el emplear una medicación sintomática manifiesta más sabiduría, y es mucho más acertado que el insistir exclusivamente en una medicación que, excelente por sí misma, empleada oportunamente en un período de la enfermedad, se convierte en perniciosa si se hace de ella el tratamiento único de una enfermedad en todos los individuos afectados del mismo estado morbozo.

La observación que acabo de referir es un ejemplo patente de que obrando según la gravedad de los fenómenos morbosos, combatiendo á los enemigos uno á uno á medida que van presentándose, puede obtenerse un resultado feliz allí donde hay cien motivos para desesperar; sobre todo cuando ayudado por la buena constitución de un enfermo exento de lesiones orgánicas ó diatésicas, y por las personas que le rodean y que hacen ejecutar puntualmente las prescripciones del que le trata.

He leído en el núm. 151 del 23 de noviembre de 1836 de este interesante periódico el tratamiento racional de la fiebre tifoidea del doctor Mousson, de Burdeos, el cual me ha proporcionado un notable placer por sus miras prácticas; mas séame permitido decirle que no ha hecho mas que retratar lo que todos los días hacen los prácticos de todas las comarcas ó provincias de Francia, y aun que puede disputarse la primacía en favor de los humildes médicos de los pueblos... lo cual no le quita por esto el menor mérito; antes por el contrario, prueba que sigue, sin saberlo, el torrente de todos los prácticos de Francia y tal vez del extranjero.

OBSERVACION VII.—Fiebre atáxica maligna; tratamiento antiflogístico; empleo de los vomitivos y de los purgantes; hemorragia intestinal muy abundante; aplicación de vejigatorios y de agua fría á la cabeza; preparaciones de quina.—Curación á los diez y siete días.

Precisamente en los mismos momentos en que comenzaba yo á concebir algunas esperanzas acerca del éxito de la enfermedad del Sr. Pichon, ó sea el 8 de agosto, una hija de este, de edad de 28 años, que hacía ya algunos días se quejaba de dolor de cabeza, cayó al suelo al tiempo de preguntarme qué me parecía del estado de su padre y de su madre, enferma también con una fiebre mucosa ligera desde hacía seis días; vime, pues, obligado á levantarla y conducirla á su alcoba; por ella supe que un atolondramiento y un violento dolor de cabeza la habían ocasionado la caída. Mandé que la pusiesen sinapismos á las extremidades inferiores y que tomase algunas gotas del licor anodino de Hoffmann en azúcar y algunas infusiones de árnica montana, recomendándole la quietud y la dieta absoluta. La señorita Flavinia es de una constitución fuerte y de un temperamento eminentemente nervioso; pasó el día y la noche sin dormir y muy agitada.

El 9 se quejaba no solo de una cefalalgia supra-orbitaria insoportable, sino también de ganas de vomitar y de un dolor sordo en el epigastrio; la lengua se presentaba saburrosa, había sed; el vientre estaba estreñido, la piel seca y caliente; el pulso á 90. En vista de este embarazo gastro-bilioso la aconsejé que tomase un vomitivo de ipecacuana y de tártaro estibiado según mi fórmula ordinaria, el cual la hizo evacuar abundantemente por arriba y por abajo, proporcionándole un alivio momentáneo; mas en la noche siguiente la enferma estuvo muy agitada y no pudo dormir.

El 10 exige de mí la enferma que la sangre ó la aplicación sanguínea. Consiento en que la pongan 20 sanguijuelas á las márgenes del ano dejando sangrar las picaduras por espacio de algunas horas; prescribo además la limonada vegetal para bebida, así como una aplicación de sinapismos á las extremidades inferiores y la dieta absoluta. A consecuencia de esta última medicación tuvo lugar otro alivio momentáneo, pues en la noche siguiente la enferma empezó á delirar en alta voz, lo cual no había hecho hasta aquel día; no cerraba los ojos, no dejaba de gritar, quería levantarse y luchaba con las dos personas que la cuidaban para tirarse por la ventana sin conocer ni obedecer á nadie.

El 11 por la mañana tenía los ojos huraños y centelleantes, la frente caliente, quemante; la cara pálida, las facciones como prolongadas, los dientes fuliginosos, la lengua saburrosa, amarillenta en el centro, seca y encendida en su punta; sed ardiente, piel ardorosa y seca; el pulso á 115, el vientre ligeramente timpanizado, carfología, saltos de tendones, delirio continuo. Diagnostiqué una fiebre atáxica y prescribí: aplicación de hielo ó de un trapo mojado en el agua mas fresca que fuese posible hallar, mientras se proporcionaba el primero, á la cabeza; dos vejigatorios á las pantorrillas, y que tomase 500 gramos (1 libra) de limonada de Rogé con 50 gramos (onza y media) de citrato de magnesia por la mañana; una lavativa con el cocimiento de parietaria y de graciola con un puñado de sal común por la noche; para bebida, la misma que queda indicada.

Esta medicación la produjo mejor efecto que las precedentes; tuvo algunos momentos de calma y de reposo en la noche siguiente; á pesar de esto la enferma continuaba delirando mucho, la carfología y los saltos de tendones persistían. El 12 por la mañana la hice poner un ancho vejigatorio en la nuca y prescribí la poción siguiente:

Agua de lechuga. 130 gr. (unas 4 onz.)
Extracto de belladona y de acónito. aa. 15 cent. (3 gr.)
Jarabe de peonía. 30 gram. (1 onza.)

Mézclase y h. s. a. poción para tomar á cucharadas cada tres horas; envolver los pies en algodón en rama espolvo-

reado con harina de mostaza seca; continuar con las aplicaciones frías á la cabeza. La enferma, que hasta entonces no había podido soportar mas que la limonada, y que vomitaba las infusiones que se la daban, no arrojó la poción, que al parecer la calmaba, y descansó más en la noche del 12 al 13 que en todas las anteriores. Pero el 14 la sobrevino una hemorragia intestinal de tres á cuatro litros de sangre negra, lo cual produjo un alivio notable de todos los síntomas. A pesar de esto se continuó con las mismas medicaciones.

El 15 por la mañana la enferma estaba aletargada, deliraba más bajo, el pulso estaba á 110, los saltos de tendones y la carfología eran menos fuertes. Cúranse los vejigatorios, continuando todo lo demás.

El 16 y el 17 la mejoría continuaba, la hemorragia se había detenido por sí misma, sin emplear remedio alguno particular. Pero desde hacía algunos días todas las tardes, á eso de las cuatro, observaba yo una exacerbación de todos los síntomas febriles y del delirio, después de lo cual, y como á eso de las siete, se notaba una especie de calma; los accesos se repetían después como á las once de la noche, y se calmaban de nuevo á eso de las tres de la mañana.

Habiendo apurado los medios racionales enérgicos para combatir el conjunto de síntomas dominantes de la enfermedad, me apercibí de que no obraba sino á medias y que era necesario recurrir á las preparaciones de quina, sobre todo en lavativas, para evitar semejantes exasperaciones febriles, haciendo por este medio mas soportable la enfermedad; y al efecto prescribí que la pusiesen todas las mañanas una lavativa simple, y tan pronto como la arrojase, otra preparada del modo siguiente:

De cocimiento de valeriana. 100 gram. (unas 3 onz.)
Extracto de quina. 2 id. (1/2 dracma.)
Sulfato de quina. 50 centig. (10 granos.)
Láudano líquido de Sydenham. XII gotas.

Mézclase para una lavativa, continuando al mismo tiempo con los demás medios terapéuticos.

Esta medicación ningún efecto, al parecer, producía al principio; pero á los tres días observé que el delirio era menos violento, que había más lucidez en las facultades intelectuales, y sobre todo que la fiebre había disminuido, pues el pulso llegó á descender, como por encanto, á 86 pulsaciones por minuto.

El 20 la cefalalgia apenas existía, la frente conservaba su calor normal, la inteligencia estaba despejada: se suprimieron las aplicaciones frías y se curaron los vejigatorios, todos los cuales estaban en supuración. Se continuó con las lavativas de quina y con la poción calmante en los mismos términos que dejamos indicados. La enferma pedía á gritos que la diesen de comer, y se la concedieron algunos caldos de ternera y calabaza y agua de naranja para bebida.

Descansaba perfectamente bien todas las noches, el pulso estaba de 76 á 80 y la sed había desaparecido. A pesar de esto, aunque disminuyendo las dosis del sulfato de quina, que llegó á administrarse hasta la dosis de 2 gramos (1/2 dracma) por lavativa, se continuó con este medio hasta el 23, en cuyo día entró la enferma francamente en convalecencia. El vejigatorio de la nuca se había secado, los de las piernas todavía supuraban, pero el estado febril ya no existía. Por toda medicación le aconsejé que tomase tres cucharadas de vino de Seguin por las mañanas; crema de avena y de cebada, sémola con caldo de pollo, gelatina de frutas; carne de pollo para chuparla solamente en los primeros días y comerla poco á poco. Con solo vigilar el régimen dietético, á fines de mes se había repuesto perfectamente, no teniendo mas padecimientos en lo sucesivo, que algunos abscesos subcutáneos, que se formaron en diversos puntos y que fué necesario dilatar con el bisturí. Desde aquella época la enferma goza de perfecta salud como si nada la hubiera sucedido.

Reflexiones.—La hemorragia intestinal que sobreviene muy frecuentemente en las fiebres graves, ¿cómo debe ser considerada por los prácticos? ¿Debe verse en ella un esfuerzo saludable de las fuerzas medicatrices, ó el indicio cierto de agravación del estado morbozo, que presagia un éxito funesto? Tales es la cuestión que me propongo resolver en esta ocasión.

Muchos prácticos, que son más cirujanos que verdaderos médicos, emplean siempre y en todos los casos la medicina militante ó perturbadora... se espantan inoportunamente ante la aparición de las hemorragias, tanto nasales como de otra especie, y principalmente de las intestinales que sobrevienen en el curso de las fiebres graves, y administran el hielo tanto interiormente como al exterior tan pronto como aquellas aparecen; prescriben los mas enérgicos astringentes para hacerse dueños de ellas en sujetos jóvenes y robustos que en manera alguna se ven aniquilados por lo largo de la enfermedad, creyendo haber hecho mucho y haber obrado bien cuando han conseguido detener el flujo sanguíneo. Mas, ¿qué resulta de esta conducta intempestiva? Que todos los síntomas se agravan, revisten una forma maligna, y el enfermo sucumbe en la flor de su edad, de lo cual suelo yo ver á menudo ejemplos en la práctica de mis compañeros.

Procedente de la escuela de Montpellier donde se aprende la verdadera medicina hipocrática, he visto allí con frecuencia á mis sábios maestros favorecer los flujos naturales que se declaran en el curso de las enfermedades agudas, más bien que contenerlos, y de esta manera, siguiendo la vía natural indicada por el mas grosero sentido común, y las tendencias de las fuerzas medicatrices, obtenían resultados muy felices en su práctica. Admito de buen grado que si la hemorragia se declara en la declinación de una enfermedad, cuando el paciente se encuentra aniquilado por la larga duración de esta, sobre todo cuando el individuo es de una edad avanzada ó de mala ó deteriorada constitución, sea preciso apresurarse á contener el flujo sanguíneo cuya aparición pudiera anticipar la hora

(1) Q anti-viscoso.

de la muerte; pero cuando estos fenómenos se declaran al principio de una enfermedad, y sobre todo en los jóvenes, detener los esfuerzos naturales espontáneos que en ellos se operan es únicamente hacerles un mal servicio, es condenarlos a una muerte cierta, pues raras veces en tales casos se salvan los enfermos, y si así sucede puede decirse que es a pesar del médico y de los remedios. Así se ha visto que yo nada hice para detener la hemorragia en el sujeto que me ha inspirado estas reflexiones, sino que por el contrario la favorecí, por decirlo así, por medio de las aplicaciones de cataplasmas emolientes al vientre, que me probaron perfectamente bien. Tanto como temo recurrir a las emisiones sanguíneas en las fiebres tifoideas, me regocijo cuando sobrevienen durante su curso algunos esfuerzos críticos, sobre todo en ciertos días de la enfermedad, y que la juzgan como decían los médicos antiguos: *quo natura tendit tendendum est*.

Resulta de esto que deben considerarse los movimientos fluxionarios sanguíneos que sobrevienen en el curso de las fiebres graves, sobre todo en las personas jóvenes, más bien como favorables que como perniciosos, y que se les debe dejar correr libremente y no entorpecerlos en su marcha si es que se desea conformarse con las leyes de la naturaleza medicatriz; y la prueba de lo que digo se verá en la observación siguiente.

EUSEBIO CASTELO SERRA.

PRENSA MEDICA.

CLINICA MEDICA.

Más sobre los hipofosfitos.

La cuestión de los hipofosfitos nació gigante, apareció en el mundo médico con formas colosales; fuera, pues, censurable indolencia el no juzgarla debidamente sometiendo al crisol de la experiencia de propios y de extraños. Como periodistas conocemos cuál es nuestro deber, y prometemos a nuestros lectores que nada han de ignorar de cuanto sobre este interesante asunto ocurra en el mundo médico y llegue a nuestra noticia.

En el número anterior dimos cuenta de las observaciones del Sr. DEFORCHAUX é indicamos lo observado también por algunos profesores españoles, como los Sres. ESCOLAR, CABALLERO y otros en el Hospital general de Madrid, y el Sr. SANTERO en la clínica de la Facultad. Hoy vamos a consignar el resultado de los ensayos hechos por uno de los buenos observadores extranjeros, el Sr. VIGLA. Este profesor ha publicado en la *Revista de medicina* que redacta en el *Journal de pharmacie*, bajo el título de *Ineficacia del hipofosfito de sosa y del hipofosfito de cal en el tratamiento de la tisis pulmonal*, lo siguiente:

En la *Revue medicale* del mes de agosto de 1887 (dice el Sr. VIGLA) dimos a conocer el pretendido descubrimiento de un específico, y más bien que esto, de un agente terapéutico racional, curativo de la tisis pulmonal, a saber: el hipofosfito de sosa ó de cal. La desconfianza que entonces manifestamos acerca de la realidad de la propiedad maravillosa atribuida a estas dos sales, se halla hoy por desgracia demasiado justificada. Veinte enfermos hemos sometido a este tratamiento sin que hayamos obtenido el menor alivio de su estado.

Las sales que hemos empleado nos han sido generosamente suministradas para la experimentación por el señor BERTHE, y habían sido preparadas por la casa Menier para nuestros enfermos de la *Maison de santé*. Dos enfermos de la población que he sometido a este tratamiento, uno durante algunos meses de una tisis pulmonal crónica, y otro desde el estado confirmado de una tisis aguda hasta la fatal terminación, es decir, unas seis semanas, se habían provisto del medicamento en la botica BOUDET-ROBIQUET. No cabe, pues, duda, acerca de la calidad y la naturaleza del producto por mí empleado. Además, me he asegurado de que el medicamento ha sido tomado con toda exactitud. En cuanto a los enfermos, no los he escogido; he ensayado en todos los que se me han presentado desde el principio de mis investigaciones, con la sola condición de que la naturaleza de la enfermedad se hallase comprobada de un modo seguro por la percepción de los signos físicos suministrados por la percusión y la auscultación, únicas bases de un diagnóstico incontestable.

Háñse tomado notas de todos estos enfermos por el señor DUMOMME, interno de la clínica durante el año 1887. ¿Qué más? La nota de los efectos fisiológicos ó terapéuticos se ha tomado con el cuidado más esquisito en presencia de los discípulos de la clínica, iniciados en el objeto de tales investigaciones. Y todo esto para establecer que ninguno de los enfermos ha obtenido alivio en la totalidad de su estado, ni aun siquiera de alguno de los síntomas tan variados, que hacen, contra la opinión vulgar, a esta enfermedad ordinariamente dolorosa.

Así, pues, nada, absolutamente nada: tos, expectoración, dolores torácicos, fiebre éctica, vómitos, diarrea, enflaquecimiento, insomnio.... El hipofosfito de sosa ó de cal ha sido impotente para modificar uno de estos fenómenos siquiera.

No sé si otros serán mas afortunados. Por lo que a mí toca, me considero suficientemente ilustrado y más que suficientemente autorizado para no continuar los ensayos. Me apresuro, sin embargo, a añadir, que la dosis de 1 a 4 gramos aconsejada por el autor, ha sido fácilmente soportada por los enfermos, que tomaban sin repugnancia esta sal en un julepe gomoso de 125 gramos (4 onzas), ya en dos veces, ya a cucharadas de las comunes de dos en dos horas. En una palabra, este medicamento me ha parecido tan indiferente para ocasionar daño como para hacer provecho: tan indiferente para el mal como para el bien.

—Como ha podido notarse, en lo espuesto por el Sr. VIGLA se reúnen todas las condiciones de una sabia y ju-

da experimentación: procedencia nada sospechosa del medicamento, buena preparación del mismo, número suficiente de enfermos, diagnóstico bien establecido ó con todas las garantías de acierto, observación minuciosa y completa; y sin embargo, en cuanto a los resultados terapéuticos... nada, absolutamente nada, ni alivio de un síntoma siquiera. Del cocimiento de malvas no podría decirse otro tanto. ¿Qué pensar, en vista de esto, de las aseveraciones del promotor de la cuestión de los hipofosfitos, hoy a la orden del día? Figúrasenos tener ante los ojos una gran balanza: en uno de los platillos está el señor CHURCHILL con los hipofosfitos y 33 enfermos; en el otro vemos a DEFORCHAUX, ESCOLAR, CABALLERO y demás médicos de nuestro Hospital general de Madrid, SANTERO, VIGLA, etc., y un número casi cuádruplo de enfermos, sucediendo una cosa muy natural: que el fiel se inclina hacia el lado de estos de tal manera, que parece no haber nada en el platillo del opuesto lado. Esperemos sin embargo todavía, no sea que se nos acuse de precipitados.

FISIOLOGIA.

Menstruación: papel que esta desempeña en patología y en terapéutica.

Hé aquí las conclusiones de un trabajo del Sr. RACIBORSKI sobre este importante asunto, y que tomamos del periódico italiano *La Liguria medica*:

1.^a La hemorragia menstrual es una función inherente a la ovulación en las mujeres, y constituye uno de sus caracteres más constantes. Su origen no es totalmente traumático, como pudiera creerse; es vital como el acto mismo de la ovulación, el cual va acompañado de cierto grado de sobreexcitación nerviosa, que hace generalmente a las mujeres más dispuestas a las perturbaciones de inervación, durante la época de las reglas.

2.^a Las épocas menstruales no parecen que posean poder alguno crítico, con relación a las diferentes enfermedades, ya anteriores, ya posteriores a la época de la primera aparición de los menstruos; parece también que no ejercen influencia alguna favorable sobre la marcha ó la intensidad de las afecciones agudas. En diversas circunstancias bien establecidas, su influencia, por el contrario, es evidentemente nociva a los estados morbosos que las acompañan.

3.^a El orgasmo nervioso-sanguíneo que caracteriza la época de las reglas, puede considerarse como una de las causas que favorecen el desarrollo de las diferentes afecciones de los órganos genitales de la mujer, y ejerce comunmente sobre ella, una influencia desfavorable. Las afecciones del útero son por esta razón generalmente más comunes a medida que avanza el período menstrual de la vida; son, por el contrario, más raras y corren con menos rapidez, después de la cesación definitiva de las reglas.

Si hasta el día se ha supuesto lo contrario, ha provenido únicamente del erróneo valor que se ha dado a los hechos, bajo la influencia de las ideas dominantes acerca de la naturaleza de la menstruación.

4.^a Las épocas menstruales, en virtud del elemento nervioso que las caracteriza, constituyen al mismo tiempo una de las razones predisponentes de las neurosis.

5.^a La naturaleza de los accidentes que sobrevienen después de la repentina supresión de las reglas, depende no de la supresión de la hemorragia, sino de la naturaleza de las causas que la han determinado: la terapéutica de estos accidentes no debe por consiguiente tomar de la supresión de la hemorragia, sino indicaciones accesorias.

6.^a La edad de la cesación de las reglas, lejos de acarrear accidentes de plétora, como hasta aquí se ha creído, produce a veces un empobrecimiento mayor ó menor de los glóbulos de la sangre, y da origen a fenómenos nerviosos, que pertenecen a la forma descrita con el nombre de *neuropatía proteiforme*.

7.^a Las enfermedades agudas febriles que empiezan poco tiempo antes de la época presunta de las reglas, impiden generalmente que estas vuelvan a su época acostumbrada.

8.^a Cuando una afección febril aguda ha aparecido poco tiempo después ó algunos días antes de la menstruación, y ha sido menester recurrir a deplecciones sanguíneas más ó menos abundantes y a una dieta prolongada, el flujo menstrual de la época subsiguiente falta por lo regular y es menos abundante de lo acostumbrado.

9.^a El carácter hipostenizante propio, *in genere*, de todas las formas de la fiebre tifoidea, parece bastar por sí solo para explicar la falta casi constante de las reglas en un período avanzado de esta enfermedad.

10.^a En las enfermedades crónicas, caracterizadas por el agotamiento de las fuerzas y el empobrecimiento de los glóbulos de la sangre, la amenorrea constituye la regla general: solo la ignorancia, habiendo confundido alguna vez el efecto con la causa, ha podido esperar la curación de estas enfermedades después de la vuelta del flujo menstrual.

11.^a A excepción de una ligera disminución en las proporciones de la nata, que parece ser por otra parte inofensiva, los flujos menstruales no hacen experimentar alteración alguna notable a la leche de las nodrizas que menstrúan. Por otro lado, nodrizas que menstrúan pueden lactar criaturas hermosas y muy sanas; no sería pues justo desechar un ama por la sola consideración de tener la regla, a menos que siendo naturalmente impresionable, se temiesen en ella los efectos de la sobreexcitación nerviosa, que con frecuencia acompañan a las épocas menstruales.

ANATOMIA.

Fibras musculares; su estructura. Resultados de las investigaciones practicadas por medio de la luz polarizada.

1.^o Hay que distinguir (dice el Sr. BRUCKE) en los

músculos dos sustancias diferentes: una poco refringente isotropa, y otra fuertemente refringente, anisotropa.

2.^o Los fenómenos de la doble refracción que presentan los cilindros musculares aislados ó los haces mas considerables, son la suma de los efectos de los diversos *sarco-elementos* (1).

3.^o Los fenómenos pasan exactamente como si cada *sarco-elemento* fuese un cuerpo positivo doblemente birefringente en un solo eje, paralelo, en todos los estados del músculo, a la dirección de las fibras.

4.^o Los *sarco-elementos*, a su vez, representan grupos enteros de corpúsculos birefringentes, a los cuales propongo que se dé el nombre de *disdiaclastos*.

5.^o De la diferente distribución de los disdiaclastos en la sustancia fundamental isotropa, proviene el muy diferente aspecto que presentan en el microscopio, los músculos vivos y los músculos muertos.

6.^o Las fibras musculares no estriadas ó lisas son aquellas en las que los disdiaclastos están uniformemente repartidos, ó en las que los grupos disdiaclastos son tan pequeños que no se los puede reconocer aisladamente.

7.^o Los disdiaclastos son corpúsculos de volumen y de forma inalterables; ni los choques alternativos de un motor electro-magnético, ni corrientes constantes que los atraviesen, ejercen influencia alguna notable sobre sus constantes ópticas, ni dislocan notablemente sus ejes, hecha abstracción de los cambios de posición que lleva consigo, respecto a la sustancia muscular, la contracción provocada.

8.^o Bajo la influencia de la potasa, de la sosa, del ácido acético, del ácido clorhídrico, y por último, de la coacción, su acción birefringente queda destruida.

Por la Prensa médica, E. CASTELO Y SERRA.

HIDROLOGIA MEDICA.

Aguas y baños minero-medicinales de Carlos III.—Exposición de varios casos prácticos, notables por su naturaleza, cronicidad y complicaciones; por el director D. MARIANO JOSÉ GONZALEZ Y CRESPO.

(Continuación.—Véase el número 214.)

LIV.

Tumores escirrosos inveterados en los pechos.—Notable mejoría.

Una mujer, natural de Herencia, edad 36 años, temperamento linfático, constitución buena, obesa, casada; durante su vida había disfrutado de regular salud, habiendo padecido las enfermedades de la infancia de índole benigna, y después hasta la pubertad algunas calenturas de corta duración, ligeros catarros febriles y varias veces dolores abdominales por indigestiones, producidas por el uso de malos alimentos y por tomar estos en dosis desproporcionadas a las fuerzas de los órganos gástricos. La aparición de las reglas se efectuó a los 16 años, siendo estas difíciles, cortas, algo dolorosas y de color pálido.

Desde esta época hasta los 23 años de edad, a excepción de los anteriores achaques, su salud fué buena; pero principió a notar algunos pequeños infartos glandulares en las mamas, principiando por la izquierda y pasando después a la derecha; cuyos infartos se multiplicaron pronto, siendo menores en esta que en aquella, y uno de ellos adquirió el volumen de un huevo de gallina: todos los remedios fueron inútiles por espacio de trece años para hacer desaparecer ó disminuir los tumores, por lo que negándose la enferma a la extirpación del mas abultado, y siendo muy espuesta la de los pequeños, por su crecido número, se temía que al fin se desarrollase la degeneración cancerosa.

Para ver si era posible evitar este fatal resultado y conseguir alguna mejoría en tan rebelde mal, se dirigió esta mujer a los manantiales de Trillo, presentándose en el establecimiento en la temporada del año de 1883: usó las aguas minerales del Director al interior y las del Rey al exterior, presentándose fuertes dolores en los infartos, y así la enferma al regresar a su pueblo parecía se hallaba en peor estado. Continuó de este modo durante dos meses; pero al tercero casi habían desaparecido los tumores, el mayor era muy pequeño y los dolores se quitaron.

Esta mujer, sin experimentar incomodidad alguna durante el invierno y primavera, repitió el uso del remedio mineral en julio de 1884, muy satisfecha y contenta: explorados los pechos, solo se notaba en ellos alguno que otro pequeño infarto: los demás escirrosos, que contaban tan dilatado tiempo de existencia, habían desaparecido.

LV.

Escrófulas; dolores vehementes en la articulación coxo-femoral; tumor blanco voluminoso en esta parte; luxación del fémur.—Curación.

Una señorita, natural de Madrid, edad 14 años, temperamento nervioso-linfático, constitución delicada y débil, había sido escrófulosa y de poca salud en los períodos de la infancia. Al acercarse, en el año de 1838, la época de la pubertad, se la infartaron las glándulas inguinales del lado derecho con fuertes dolores en la articulación coxo-femoral, que se extendían por el muslo hasta la rodilla, desenvolviéndose después un tumor blanco de bastante magnitud, que produjo la luxación del fémur, saliéndose y separándose la cabeza de este hueso de la cavidad cotiloidea; de lo que resultó la corvadura del cuerpo hacia el lado opuesto, quedando la estremidad izquierda ocho dedos más corta y absolutamente impedida la paciente.

(1) El nombre de *sarco-elementos* ha sido dado por BOWMAN a esos glóbulos que parecen formar por su reunión en series las fibras musculares primitivas.

Después de apurarse en vano infinitos auxilios para combatir esta dolencia, enflaqueciéndose de día en día la enferma, hasta llegar casi á la estenuación, y declarado el mal por incurable, se determinó mandar á la niña á los baños minerales, lo que así se efectuó con mucho peligro, venciendo obstáculos, á expensas de las mayores penalidades.

La situación de esta enferma era tan apurada al presentarse en la dirección para hacer la historia de su dolencia, que temí por su vida, concibiendo equivocadamente la idea de que ningún efecto conseguiría con el uso de las aguas minerales; pues no podía ni aun imaginarme el que existiese un remedio capaz de resolver un tumor tan enorme; de hacer volver la cabeza del fémur á su cavidad natural; de organizar una articulación; de robustecer una máquina tan deteriorada; de reanimar una existencia tan lánguida, próxima á extinguirse, y de restablecer la salud.

Bajo esta persuasión indiqué á la madre mi poca ó ninguna esperanza de curación, ni aun de conseguirse alivio, y lo difícil que era la administración del remedio mineral, mediante el sumo abatimiento de las fuerzas vitales. Pero accediendo á los deseos de aquella afligida madre, después del oportuno descanso de las fatigas del camino, propiné á la infeliz niña con todas las precauciones imaginables nueve baños generales en el Rey de corta duración, con chorros descendentes sobre la parte que padecía; y con estos se consiguió una ligera reposición de los órganos y el que se mitigasen los dolores, por cuya causa se logró un sueño tranquilo por largos ratos, cuyo reposo hacía mucho no se había logrado.

Animado con esta mejoría, traté después de algunos días de repetir los baños, lo que no se realizó porque la madre dispuso regresar á Madrid. Aun no había pasado la cuarentena cuando ya la enfermita dormía bien; el apetito era bueno; los dolores habían desaparecido y el cuerpo se iba reponiendo en términos, que á los dos meses se hallaba corregido el vicio orgánico articular, pudiendo la niña servirse de la extremidad, andando solo con el apoyo de una muleta de mano, cuando antes no podía hacerlo con dos.

En el año de 1839 se repitió el uso del remedio mineral; al presentarse la enferma en Trillo con este objeto, se hallaba en el estado más lisonjero: había ya pasado al período de la pubertad; el tumor no existía; la luxación había desaparecido; andaba con facilidad y soltura; su semblante, un año antes triste y abatido, presentaba la animación y alegría, inseparables del buen estado de salud.

(Se continuará.)

M. JOSÉ GONZÁLEZ Y CRESPO.

PARTE OFICIAL.

MINISTERIO DE FOMENTO.

Instrucción pública.—Negociado 1.º

Ilmo. Sr.: En vista de una instancia de varios cirujanos de 2.ª clase, alumnos de sétimo año de medicina, solicitando que al recibirse de licenciados en esta facultad se les releve del ejercicio práctico de cirugía y se les tenga en cuenta para el depósito la cantidad que satisficieron por el título de su reválida; la Reina (Q. D. G.) de conformidad con el dictamen del Real Consejo de Instrucción pública, se ha dignado acceder á esta solicitud, considerando que al obtener el espresado título fueron examinados con la mayor extensión de la práctica de la cirugía, que están autorizados para ejercerla, y que la regla tercera de la Real orden de 25 de noviembre de 1845 prescribe, que á los que se hallen en el caso de los recurrentes se les tome en cuenta para el grado de licenciados en medicina, la cantidad que depositaron al obtener el título de cirujanos de 2.ª clase.

De Real orden lo digo á V. I. para su inteligencia y efectos correspondientes. Dios guarde á V. I. muchos años. Madrid 21 de abril de 1838.—Guend ulain.—Señor director general de Instrucción pública.

SANIDAD MILITAR.

REALES ÓRDENES.

14 de abril. Nombrando médico de entrada del hospital militar de Madrid á D. José Mediano y Blasco, procedente de las últimas oposiciones.

Id. id. Traslado al hospital militar de Melilla al primer ayudante médico del primer batallón del regimiento infantería de Cantabria D. Juan Cozar y Martínez.

Id. id. al primer batallón del regimiento infantería de Cantabria al primer ayudante médico destinado en el hospital de Melilla D. Mariano Martí y Flores.

16 id. Declarando el empleo de primer médico al primer ayudante D. Cristóbal Barrera y del Canto, y mandando quede en situación de reemplazo hasta su colocación.

Id. id. Concediendo la licencia absoluta al primer ayudante médico supernumerario D. Angel Pecul y Perez.

Id. id. Concediendo regreso á la Península al primer médico D. Federico Llanso y Oriol que sirve en las Islas Filipinas.

Id. id. Id. id. al primer ayudante D. Domingo Amores y Dufort que sirve en el ejército de dichas Islas.

Id. id. Mandando que el inspector médico jefe en comisión de Sanidad militar de la Isla de Cuba D. Fernan-

do Bastarache, sea destinado á la primera vacante de su clase que ocurra en la Junta superior facultativa.

MONTE-PIO FACULTATIVO.

CIRCULAR DE LA JUNTA DIRECTIVA Á LAS DELEGADAS DE DISTRITO.

La Junta de apoderados, tomando en consideración la esposición motivada y propuesta correspondiente de esta directiva, promovida por la delegada de Madrid, ha tenido á bien disponer, que con el fin de facilitar el despacho de los informes que se pidan por las Juntas, tanto á los socios como á las personas extrañas á esta Sociedad, para resolver los expedientes ó asuntos en que hayan de entender, no haciendo á los informantes gravosa la comisión que se les diera, se incluya dentro de las comunicaciones referentes á el espresado objeto el sello de franqueo para la remisión del informe que con ellas se pida; encomendando á la directiva que proponga los medios convenientes para que los fondos del Monte-pío no sufran quebranto con esta disposición, cuyos buenos efectos vienen á redundar en general á favor de los interesados en la resolución de los expedientes.

Lo que, de orden de la Junta directiva, se comunica á las delegadas para su inteligencia y cumplimiento, recomendándolas el cuidado necesario en la petición de informes para no hacer mas gravoso de lo necesario el gasto de correspondencia.

Madrid 28 de abril de 1838.—El presidente, Tomás Santero.—El secretario general, Luis Colodron.

Secretaria general.

En cumplimiento del acuerdo de la Junta directiva publicado con fecha 30 de marzo último, deben hacer el

LISTA de los socios declarados fundadores del Monte-pío facultativo, en virtud de lo establecido en el artículo 13 del CAPITULO ADICIONAL DE LOS ESTATUTOS y del resultado de los respectivos expedientes resueltos por la Junta directiva en sesion de 28 del presente mes.

Nombre y profesion.	Residencia de los interesados.	Número de acciones.	Clases.
D. José Diaz Bustamante, médico (con las ventajas consignadas en el párrafo 2.º del artículo 7.º del Capítulo adicional de los Estatutos).	Belmonte (Oviedo).	13	1.ª
Tomás Pelaez Calvo, médico; id., id.	Villalpando (Valladolid).	12	3.ª
Juan Ramon Herrero y Zorraquin, médico.	Madrid.	6	2.ª
Vicente Cirera, médico.	San Cugat del Vallés (Barcelona).	6	3.ª
Antonio Guillen Flores, médico.	Zorita (Cáceres).	6	2.ª
Francisco Martí, cirujano.	Mayals (Lérida).	6	3.ª
Angel Linares y García, cirujano.	Briebe de Cameros (Logroño).	3	3.ª
Bartolomé Acosta y Rodríguez, médico.	Mazarrón (Murcia).	8	4.ª
Patricio Jimenez y Sanchez, médico.	Bejar (Salamanca).	10	2.ª
Bernardo Caballero de la Rúa, médico.	Villamor de los Escuderos (Zamora).	10	2.ª
Cayetano Such é Insa, médico.	Muro (Alicante).	10	2.ª
Francisco García del Río, cirujano.	Berruecos (Valladolid).	4	2.ª
Manuel Alonso Rodríguez, médico.	Villalba del Alcor (id.).	4	3.ª
Victoriano Pablo Menendez, médico.	Albalate del Arzobispo (Teruel).	5	1.ª
Pablo Bachiller y Julian, médico.	Zaragoza.	4	3.ª
Simon Moncin, médico.	Id.	4	4.ª
Fernando Monforte, cirujano.	Id.	5	3.ª
Agustin Garrarena, cirujano.	Id.	6	4.ª
José María Miguélena, cirujano.	Id.	6	4.ª
Vicente Martín Bonilla, cirujano.	Madrid.	6	4.ª
Francisco Ferrer y Ballester, farmacéutico.			
(Este socio fué admitido en la sesión del 14 del actual, pero no fué comprendido con los de aquella fecha por una inadvertencia.)			
Madrid 29 de abril de 1838.—El secretario general, Luis Colodron.	Figueras (Gerona).	4	5.ª

SOCIEDAD MEDICA GENERAL DE SOCORROS MUTUOS EN LIQUIDACION.

Se ha recibido la cuenta de liquidación de la Comisión provincial de Salamanca después de la publicación anterior, habiendo pasado á examen á contaduría.

Quedan solo en descubierto las de Gerona, Tarragona y Cáceres.

Madrid 30 de abril de 1838.—El secretario, José Rodríguez Benavides.

VARIEDADES.

Almanaque médico del mes de mayo.

A pesar de que en la primera quincena del presente mes suelen las condiciones atmosféricas variar lo bastante para que hasta se sienta fresco por las mañanas y noches, aunque en el centro del día se eleva la columna termométrica hasta los 26 y 27 grados sintiéndose el calor; sin embargo, lo general es gozar de una temperatura agradable, y de una atmósfera limpia y despejada, si bien no faltan algunas veces ráfagas, celages, nubes y nubarrones, que se deshacen en chubascos propiamente primaverales. Originase de esto, que el barómetro presenta en este mes frecuentes y notables oscilaciones, variando desde 23 pulgadas y 11 líneas hasta 26 pulgadas y 6 líneas: igual di-

pago que les corresponde á beneficio del Monte-pío, para gozar de las ventajas declaradas á los fundadores en los artículos 6.º y 7.º del Capítulo adicional de los Estatutos, los socios comprendidos en los casos siguientes:

1.º Los procedentes de la caducada Sociedad médica general de socorros mutuos que hubiesen recogido á su tiempo los haberes que les hubiera tocado percibir en la liquidación de aquella, los cuales deberán hacer la entrega de la misma cantidad;

Y 2.º Los que no procediendo de la Sociedad espresada á la época de su disolución, han solicitado ingreso con las espresadas ventajas del párrafo 2.º del artículo 7.º del Capítulo adicional de los Estatutos, los cuales tienen que abonar el importe del 20 por ciento del valor de las acciones que se les han declarado.

El pago de estas cantidades debe hacerse en las tesorías de las Juntas delegadas establecidas en los distritos á que pertenezcan los interesados; y los que residieran en poblaciones no comprendidas en la jurisdicción de estas, así como aquellos á quienes, por las circunstancias especiales en que se hallaran, conviniese mejor hacer el pago en esta corte por medio de libranza, lo verificarán de este modo, dirigiendo la libranza espresada contra la administración de correos ó casa particular á el presidente de la Junta directiva D. Tomás Santero, y á nombre del tesorero general D. José Rodrigo que deberá realizarlas. También podrán hacer el pago en la tesorería general por medio de comisionado, con orden que se facilitará en esta secretaría general sita en la calle de Sevilla, número 14, cuarto principal de la segunda escalera.

Se advierte á los interesados que no puede tener efecto su admisión sin que llenen este requisito, en el término de 30 días, á contar desde la fecha en que se publicó el acuerdo para los admitidos en época anterior, y desde la de la publicación de su admisión en El Siglo Médico para los de época posterior.

Madrid 30 de abril de 1838.—El secretario general, Luis Colodron.

ferencia se advierte en los vientos, pues así soplan del segundo cuadrante como del tercero, que suelen ser los más constantes.

A la influencia de semejantes cambios atmosféricos, al abuso que se hace de algunas hortalizas mal sanas, entre ellas la lechuga y los guisantes, al de las frutas á medio madurar, al uso immoderado que principia á hacerse de las bebidas heladas, y últimamente al poco ó ningún cuidado que se tiene en aligerarse de ropa, particularmente estando sudando, se debe el que sean tan frecuentes todavía, á pesar de la estación avanzada, las dolencias de carácter catarral, cuyo estímulo acostumbra fijarse con preferencia en las membranas serosas y mucosas, ocasionando las pleuresias, las laringitis, pleuro-neumonías, catarrros bronquiales y pulmonales, anginas, erisipelas y otras dolencias propias del aparato gastro-hepático.—Debemos hacer mención, por lo comunes que son en este mes, de las afecciones reumáticas y de los flujos sanguíneos, algunos de ellos tan copiosos y repetidos, que comprometen la vida del enfermo.—También son muy frecuentes las calenturas gástricas, que toman en algunos casos la forma tifoidea, y las intermitentes, que aunque benignas por lo general, no por eso dejan de ser las más predominantes.

No concluiremos estas observaciones, sin hacer una respecto á la costumbre que tienen algunos, de dejar en las alcobas ó habitaciones en que duerme, flores ó

plantas aromáticas, con el objeto, dicen, de embalsamar el aire; no puede darse costumbre más perjudicial, pues la gran cantidad de ácido carbónico que desprenden, intoxica el aire, y predispone, si es que no llega á ocasionar alguna vez, no solo á jaquecas, vértigos, síncope, convulsiones, histérico y otras afecciones nerviosas, sino hasta á la misma asfixia.

Por último, no faltan en este mes dolencias crónicas, particularmente de los aparatos neumo-gástrico y génito-urinario; lo que dá lugar á que tampoco escaseen las defunciones, aunque estas no sean en tanto número, por lo común, como en los meses anteriores.

Espíritu quimiátrico.

En una de las últimas sesiones de la Academia de medicina de París ha ocurrido un incidente, que concurre á demostrar con otros muchos el espíritu quimiátrico que se ha apoderado completamente de algunos profesores. Trábase de la fiebre puerperal, que está dando lugar en aquella corporación á tan largos é interesantes debates, y un académico tomó la palabra para recomendar una serie de investigaciones químicas, que tuviese por objeto analizar los loquios, los sudores y la leche, á fin de averiguar si las mugeres afectadas de calentura puerperal pierden por alguno de estos emunitorios el fósforo ó sus compuestos, que son en concepto de dicho señor las condiciones orgánicas por cuyo medio se sostiene el dinamismo vital. Si se comprobase, añadió, la pérdida de fósforo, explicaría la disposición á la adinamia que tan visiblemente se manifiesta en la fiebre puerperal. Entonces, por último, el tratamiento se simplificaría mucho, reduciéndose esencialmente á restituir el fósforo á las enfermas.

Hé aquí un quimismo poco disfrazado y al que más ó menos ostensiblemente, con conciencia ó sin ella, se encaminan en el día los esfuerzos de muchos prácticos distinguidos. Se empieza por suponer que una función química constituye en su esencia una función vital; se aconsejan investigaciones tan prolifas como inútiles para comprobar esta teoría, y se acaba por establecer una terapéutica de laboratorio, que no puede menos de ser nociva las más veces. Muy apartado se halla este camino de la verdadera terapéutica.

Un llamamiento á la clase médica.

Con este título se nos ha remitido un artículo reducido á manifestar, que se seguirían á los médicos gravísimos perjuicios, si se adoptasen las bases de nivelación propuestas por uno de los directores de este periódico.

A conjurar tal peligro, añade el articulista, se deben dirigir los esfuerzos de todos los médicos, y para ello considera muy oportuno que los subdelegados hagan un llamamiento á la clase, para que eleve una esposición á las Cortes y al Trono, haciendo ver lo innecesario y hasta perjudicial que sería á los pueblos y profesores el autorizar á los cirujanos para ejercer la medicina. Concluye diciendo que no cabe más nivelación que completar los estudios que á cada uno le falten para pasar de una clase á otra, y que lo demás sería una injusticia notoria, que reduciría á la miseria á la gran mayoría de los médicos, que es la que ejerce en los pueblos.

Como las bases que han producido esta alarma no han pasado todavía de la esfera de la discusión en la prensa médica á la del gobierno, creemos que por ahora lo que procede es poner en claro sus inconvenientes ó sus ventajas, para lo cual ha prestado y seguirá prestando El Siglo Médico su más eficaz cooperación. La luz que de aquí resulte no podrá menos de influir poderosamente en el ánimo de los que hayan de resolver la cuestión, si alguna vez se suscita en altas regiones.

Por la Parte oficial y las Variedades:
El Srío. de la Redacción, RAMUNDO SANFRUTOS.

CRONICA.

Estado sanitario de Madrid.—Los vientos NE, NO, SO y SE, han sido los que con más ó menos intermitencia soplaron en la última semana de abril, originando un estado atmosférico anubarrado y ráfagas unas veces, mientras que otras estuvo despejado ó con celagería. La temperatura varió lo bastante para que se sintiese fresco algunas madrugadas y noches, al paso que en el centro del día dejábase conocer lo avanzado de la estación, pues que la columna termométrica ascendió hasta 23°; únicamente el barómetro señaló pocas variaciones comparadas con las de la última semana.

Poca variación ha tenido la salud pública en estos últimos días: así es que las enfermedades no han cambiado hasta ahora en su carácter catarral gástrico, complicado en algunos sujetos con el reumático. Disminuyeron bastante las pleuresias y neumonías, las laringitis y gastro-enteritis; al paso que se aumentaron las intermitentes cotidianas y ter-

cianas, las fiebres gástricas, las erisipelas y anginas, las oftalmías y las fluxiones á la boca y oídos.—Las defunciones fueron por fortuna escasas en número.

Premio.—En recompensa de los gratuitos servicios profesionales prestados durante el cólera morbo asiático, en el año pasado de 1833, en el Viso del Marqués y otros pueblos de la provincia de Ciudad-Real, por D. Juan Cencillo, cirujano de la Solana, ha sido agraciado por S. M. con las cruces de 1.ª y 3.ª clase de la orden civil de la Beneficencia.

Nombramiento.—El señor gobernador civil de Madrid ha nombrado último cirujano interino del Hospital general de esta corte á D. José González Aguinaga.

Otro.—Ha sido nombrado médico del Refugio y del Colegio de niñas de los Portugueses D. José Mondejar y Mendoza.

Viruelas en el Real Sitio de la Granja.—A principios de marzo se observaron algunos casos aislados y ligeros de esta enfermedad, á fin del propio mes parecía como que había desaparecido, pues era raro el sujeto que la padecía; pero habiendo sobrevenido calores fuertes comenzaron á desarrollarse nuevamente, aunque de peor naturaleza, varios casos. Desde entonces han continuado presentándose ascendiendo el número de los invadidos hasta fin del corriente mes á 149 personas de las que fallecieron 19, la mayor parte niños menores de doce años. Hânse tomado algunas medidas higiénicas para evitar la propagación del mal, y habiendo aconsejado el médico del Sitio como preservativo la revacunación, el Gobierno se ha apresurado á enviar cuantos cristales de vacuna tenía disponibles.

Ley de Sanidad.—Parece que hallándose ya terminada por el ministerio de la Gobernación la nueva ley de Sanidad, va á presentarse á las Cortes; se dice que consta de un reducido número de artículos, acompañándola varios reglamentos que ya están concluidos.

Memorias de un médico de partido.—Se ha publicado la primera entrega de esta curiosa producción.

Errata.—El Sr. D. José Salgado cree importante hagamos notar, que en su artículo sobre Aguas minerales inserto en el número anterior, línea segunda, en vez de «que parecen dictadas con la facilidad» debe leerse «que parecen dictadas por el sentimiento de la facilidad».

Eclipse de sol del 15 de marzo.—Las observaciones meteorológicas hechas en Londres durante este eclipse han dado por resultado, que además de disminuirse la luz solar, descendió la temperatura desde 34 grados Fahrenheit hasta 4, volviendo luego á ascender á 48. A la una y diez minutos cesó toda manifestación electro-magnética en el aire, lo cual coincidió con la ausencia total del ozono. Los demás fenómenos meteorológicos no presentaron cosa alguna notable.

Petición.—En nombre de las sociedades médicas de París se ha presentado á Luis Napoleón una Comisión haciéndole ver en una extensa Memoria la necesidad que hay de reprimir el ejercicio ilegal de la medicina, poniendo límites al sinnúmero de charlatanes y curanderos que pululan en aquella capital. La Comisión fué acogida con la mayor benevolencia, y entrando en esplicaciones con ella S. M., la prometió que se ocuparía de este interesante asunto con el ministro. Veremos los resultados que produce.

Banquetes.—Están á la orden del día en París los banquetes médicos. Acaba de verificarse el de l'Union medicale correspondiente á este año, y estaban anunciados para los últimos días de abril los de la sociedad anatómica y de la sociedad médico-psicológica.

Otro más.—También han tenido su banquete los homeópatas de la Capital de Francia. Como de costumbre, figuraban en él más personas extrañas á la ciencia que médicos. Los homeópatas gustan mucho de ilustrarse con el voto de las personas legas. Este es un procedimiento que conduce en derechura al esclarecimiento de las cuestiones más vitales.

Causa de la humedad de las habitaciones recién construidas.—La cal que se emplea en la construcción de las casas, conserva en estado de hidrato cierta humedad latente; pero esta humedad se desprende á medida que la cal se convierte en carbonato, combinándose con el ácido carbónico espirado por las personas. De aquí el consejo de poner braseros á medio encender en las habitaciones recién construidas cerrando bien las puertas y ventanas. Así se desprende una cantidad considerable de ácido carbónico, que se une con la cal y la hace perder toda su humedad.

Historia natural.—El Sr. Owen ha hecho estudios especiales sobre la embriología del elefante, deduciendo de ellos que esta especie animal debe colocarse entre los roedores y los paquidermos.

Luz eléctrica.—Parece que el Sr. Changy, de Bruselas, ha hecho descubrimientos importantes sobre la divisibilidad de esta especie de luz; pero se reserva divulgarlos para cuando tenga asegurado su derecho de invención.

Temperatura del agua del Bósforo.—Examinada esta agua durante el último invierno en que han sido muy intensos los frios en Constantinopla, ha resultado que iban aumentando progresivamente la densidad y la temperatura á proporción de la profundidad, en términos que marcando en la superficie 2 grados termométricos y siendo su densidad 1016, á los setenta metros se había elevado el calor hasta 6,3 y la densidad hasta 1026.

Nuevo aparato.—Por indicación del Sr. Broca ha inventado uno el Sr. Charriere, de París, para suplir la falta de acción del tendón rotuliano, dividido á consecuencia de una caída. Consiste en unas tablas metálicas, que corresponden á los lados del muslo y se unen por medio de dos aros en lo alto del muslo y debajo de la rodilla, teniendo sus articulaciones dispuestas de modo que se doblan mediante cierto esfuerzo y vuelven inmediatamente por sí mismas á poner la pierna en estension.

Buen ejemplo.—El Dr. Brachet, que acaba de morir en Lyon, ha dejado su biblioteca á la Escuela de medicina de aquella ciudad, y á la asociación de los médicos del Ródano una casa de campo y la dotación correspondiente para fundar una casa de retiro, destinada á médicos pobres ó imposibilitados por su edad ó achaques de ejercer su profesión.

Fiebre amarilla.—Está reinando epidémicamente en Rio-Janeiro, y deben considerarse como sospechosas las procedencias de casi todos los demás puertos del Brasil.

ESTAFETA DE LOS PARTIDOS.

La plaza de cirujano de Dalias se ha declarado al fin vacante, desposeyendo al que la obtenía después de 18 años

de práctica. Suponemos que nuestros compadres estarán advertidos, para proceder en este asunto con arreglo á su conciencia y al decoro de la clase; para lo cual les aconsejamos que adquieran los datos é informes que puedan ponerles en el caso de obrar con acierto.

VACANTES.

Lo están. Una plaza de médico-cirujano titular de Valdepeñas, provincia de Ciudad-Real; su dotación 14,000 reales pagados de fondos municipales por la asistencia á los pobres y casos de oficio, y además de esta asignación el producto de las iguales del vecindario, entendiéndose que la contrata se hará por tres años. Las solicitudes á la secretaría del ayuntamiento hasta el 31 de mayo.

—La plaza de médico-cirujano de Guadalix de la Sierra, dotada con 8,000 rs. anuales pagados por semestres, de cuya suma responde y se obliga el ayuntamiento, quedando además á favor del profesor los golpes de mano airada y enfermedades venéreas. La posición topográfica de este pueblo, entre Miraflores de la Sierra y Torrejaguna, á una legua de Cabanillas, carretera de Francia. El vecindario 242 vecinos; dista de la corte 8 leguas. Los aspirantes dirigirán las solicitudes al presidente del ayuntamiento, francas de porte, hasta el día 20 de mayo que se proveerá.

—La de médico-cirujano de Molinicos, provincia de Albacete, su dotación 5,500 rs. pagados trimestralmente del fondo municipal, y además el igualatorio con 295 vecinos que hay en el pueblo. Las solicitudes hasta el 15 de mayo.

—La de médico-cirujano de San Adrian, provincia de Navarra, por traslación del que la desempeñaba; su dotación 5,600 reales en dinero y 250 robos de trigo cobrados por el ayuntamiento y pagados, el dinero por trimestres y el trigo por agosto. Las solicitudes al alcalde por espacio de un mes á contar desde el 20 de abril.

—La de médico-cirujano de Espera, provincia de Cádiz, por dimisión del que la obtenía; su población 478 vecinos; su dotación 2,200 rs. pagados trimestralmente del caudal de la villa y lo que produzcan las iguales con las familias ó por visitas, según más le acomode. Las solicitudes hasta el 12 de mayo.

—La de médico-cirujano de Talavera la Vieja, provincia de Cáceres; su población 100 vecinos; su dotación 6,000 reales pagados trimestralmente por el ayuntamiento. Las solicitudes se dirigirán á D. Blas Escudero, capellan de la Virgen del Puerto en Madrid, el que está autorizado para hacer la elección.

—La plaza de médico-cirujano de la villa de Mascaraque, provincia de Toledo, por renuncia del que la obtenía, de cuya capital dista cuatro leguas; es población sana y abundante de comestibles y consta de 520 vecinos; su dotación 8,000 rs. anuales pagados por trimestres vencidos, siendo de cargo del profesor el pago de alquiler de casa; es obligación del facultativo la asistencia á toda clase de enfermedades, incluso los partos. Los aspirantes podrán dirigir sus solicitudes al presidente del ayuntamiento hasta el día 11 de mayo.

—La de médico de Logrosan, provincia de Badajoz, por dimisión del que la obtenía; su población 810 vecinos; su dotación 8,000 rs. pagados de los fondos de propios. Los aspirantes llevarán lo menos tres años de práctica. Las solicitudes hasta el 16 de mayo.

—La de médico de Villada, provincia de Palencia; su población 465 vecinos, acudiendo varios enfermos de los pueblos inmediatos á consultar sus dolencias en los días de mercado que hay semanalmente; su dotación 8,000 reales pagados mensualmente de propios y arbitrios por el ayuntamiento. Además puede contratarse con el ajeño Pozuelo que dista medio cuarto de legua y carece de facultativo por su corto vecindario. Las solicitudes al alcalde hasta el 20 de mayo, prefiiriéndose en igualdad de circunstancias el que sea médico-cirujano.

—La de médico de Mombeltran, provincia de Avila, por renuncia del que la obtenía; su población 509 vecinos, y la dotación 6,000 rs. en metálico, pagados por trimestres, parte por los vecinos acomodados, que hará efectivo el ayuntamiento, y parte del presupuesto municipal por lo que corresponda á las familias declaradas pobres. Los aspirantes, que por lo menos han de llevar seis años de práctica, dirigirán sus solicitudes convenientemente documentadas, expresando los puntos donde hayan ejercido su profesión, al presidente del espresado ayuntamiento antes del día 24 del presente mes de mayo, en cuyo día ha de tener lugar su provision. Los demás derechos y deberes que contraerá el agraciado, constan en el pliego de condiciones que está de manifiesto en la secretaría de dicha corporación, de que pueden enterarse los pretendientes que gusten.

—La de cirujano titular de la villa de Parla, distante tres leguas de Madrid y una del ferrocarril del Mediterráneo; está situada en la carretera de Madrid á Toledo; su vecindario consta de 210 vecinos; su dotación 12 rs. diarios, 7 por repartimiento vecinal y 5 de fondos de propios, y 200 rs. para casa ó ayuda, satisfecho todo por meses vencidos; los derechos que devenguen los partos y golpes de mano airada por separado, satisfecho por mensualidades vencidas. Los aspirantes dirigirán sus solicitudes al presidente del ayuntamiento en el término de 15 días.

—La de cirujano de Pozuelo de Alarcón, provincia de Madrid; su dotación 5 rs. diarios pagados trimestralmente de los fondos municipales. Las solicitudes hasta el 25 del corriente.

—La de cirujano de Yanguas y siete ajeños, provincia de Soria; su dotación 1,600 rs. por asistir á los pobres y 3,000 reales por parte de las contratas con los vecinos de Yanguas, pagados trimestralmente del peculio particular, y las iguales con los ajeños. Las solicitudes hasta el 10 de mayo.

—La de cirujano de Brias y 4 ajeños, provincia de Soria; su dotación 180 fanegas de trigo y 200 rs. por asistir á los pobres. Las solicitudes hasta el 25 de mayo.

Por la Crónica, la Estafeta de los Partidos y las Vacantes:
El Srío. de la Redacción, RAMUNDO SANFRUTOS.

Editor, MANUEL DE ROJAS.

MADRID.—1858.—IMPRENTA DE MANUEL DE ROJAS.
Pretii de los Consejos, 5, principal.